RICARDO J. CATARINEU y PEDRO MATA

LA SOMBRA

COMEDIA

en tres actos y en prosa



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

LA SOMBRA

LA SOMBRA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

DE

RICARDO J. CATARINEU y PEDRO MATA

Estrenada con extraordinario éxito en el COLISEO IMPERIAL de Madrid, la noche del 19 de Octubre de 1911



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1911

A Pepe García Plaza

Testimonio sincero de amistad y de compañerismo.

Ricardo J. Catarineu.

Pedro Mata.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
TERESA	Josefina Cobeña.
CLARA	Pilar Martín Gómez.
DOÑA ANGELA	Elena Rodríguez.
MARÍA	María Cañete.
UNA VENDEDORA	Amalia Gálvez.
AUGUSTO BELTRÁN	Manuel Soto.
JOAQUÍN	Francisco Marimón.
GÁLVEZ	Samuel Aguado.
VALDÉS	José Isbert.
HONTORIA	Rafael Ortega.
UN OBRERO	Félix Dafauce.

La acción en un pueblo de la provincia de Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Gabinete de señora. Puerta al foro con escalera practicable al jardín. Un balcón antepecho á cada lado de la puerta. Puertas laterales. Por los balcones se ve los árboles del jardin y en el fondo la gran pared trasera de la fábrica. En el centro un velador. A la izquierda un tocador y en él dos jarroncitos con flores mustias. Muebles claros. Al levantarse el telón todas las puertas y balcones están cerrados. Hay luz encendida. Amanece.

ESCENA PRIMERA

JOAQUÍN y TERESA, de pie cerca del balcón de la derecha

Ter. (A media voz.) ¡Chist!... Calla.

Joaq. ¿Qué?

Ter. ¿No oyes?

Joaq. (Escuchando.) Sí, en la carretera... algún arriero.

Ter. (Se acerca al balcón y escucha.) Calla. (La voz de un hombre que se supone pasa por la carretera, canta la siguiente copla:)

Voz Tengo de subir, subir...

Joaq. ¿Lo ves?

Voz Tengo de subir, subir,
al puerto de Guadarrama,
para recoger la sal
que mi morena derrama.

Joaq. ¿Lo ves, mujer?

Ter. (Suspirando se dirige al balcón, abre las maderas, por entre las que sale un rayo de luz muy tenue, que desaparece al cerrarlas.) Pronto será de día.

Joaq. Ya lo sé; no necesito que abras el balcón para saberlo. Antes que la aurora siempre me anuncia tu tristeza cuando es de día. ¡Maldito sea el día que me aparta de ti!

Ter. Tras el día vendrá la noche, y con la noche volveremos á vernos.

Joaq. ¡Son tantas horas!

Ter. Empléalas pensando en mí y se te harán más breves.

Joaq. No lo creas. Cada vez me parecen más largas y más insoportables; no me acostumbro á la idea de estar lejos de ti, no puedo. Cuanto más te recuerdo, más te necesito; cuanto más te necesito, más sufro, y cuanto más sufro...

Ter. Más me quieres.

Joaq. Verdad.

Ter. Entonces, bendito sea el día que te aparta de mí.

Joaq. ¡Si tú supieras lo que sufro!

Ter. (Estrechándole las manos.) ¡Pobre amor mío! (Oyese mucho más lejos la misma voz de antes, que repite la copla.)

Joaq. ¡Si tú supieras!

Ter. ¿Y qué vamos á hacer?

Joaq. ¡Si no me quejo! ¿Te digo algo por ventura? ¿Has oído jamás de mí una sola palabra de reproche? Yo sufro, me resigno y callo. ¿Puede darse mayor paciencia que la mía? Te propuse una solución para terminar de una vez con nuestros sufrimientos, la mejor, la única. No quisistes aceptarla, no te agradó. Bien sabes que no he vuelto á insistir.

Ter. Era una locura.

Joaq. Era lo único que nos podía hacer dichosos.

Ter. ¿A costa de qué?

Joaq. A costa de todo. En el terreno en que nos encontramos no hay otra solución. Lo que no se puede desatar se rompe.

Ter. No.

Joaq. Aquí no seremos nunca felices. No lo podemos ser. Lejos, bajo otro sol y entre otras gentes que nada sepan de nosotros, solos los dos con nuestro amor inmenso, ¿qué nos puede importar?

Ter. ¿Y tu madre?

Joaq. ¡Mi madre!

Ter. ¡Pobrecilla! ¿Te atreverías á dejarla?

Joaq. ¡Por ti lo dejo todo!

Ter. ¿Y crees que lo resistiría? ¡Pobre viejecita! Se moriría de pena si su hijo la abandonara... De seguro que esta noche no ha pegado los ojos sólo de pensar que no has dormido en casa. ¿Ves tú? (Se dirige al balcón, abre á medias las puertas, por las que entra luz, y señala al fondo del jardín.) ¿No te lo dije? Mira, hay luz en su cuarto.

Joaq. ¡Pobrecilla!

Ter. ¡Cómo vas á abandonarla!

Joaq. La llevaríamos con nosotros.

Ter. ¿Yo con tu madre? ¡Qué vergüenza!

Joaq. Pero si es muy buena.

Ter. Por eso.

Joaq. Pero si no hay otra solución, Teresa; si no hay otra. Piénsalo bien; piensa que esta situación es imposible que continúe, que no puede prolongarse ni un momento más. Yo por lo menos no me considero con fuerzas, te soy franco Este eterno mentir, esta hipocresía continua, este constante fingimiento, estas citas de noche, á escondidas, siempre llenos de sobresaltos y temores, me agotan, me deprimen, me aplanan. Yo no he nacido para esto...

Ter. ¡Calla!

Joaq. Tú no sabes lo que es querer á una mujer con toda el alma y saber que esa mujer es de otro; que otro es el que tiene derecho sobre ella y sobre ella manda; otro contra el cual no puedo revelarme; que le odio y no puedo decírselo; que tengo que sufrirle y darle la mano y mentir sonriendo y bajar la cabeza cuando te habla para no ver cómo te mira.

Ter. ¡Pobre Joaquín!

Joaq. ¡Ah! Tú puedes decir tranquilamente «hasta la noche; luego nos veremos»; pero es que tú tienes la convicción de que soy solo tuyo. Si tú supieras que cuando me separaba de ti iba á ver á otra mujer, dí, ¿qué pensarías?

Ter. No lo sé.

Joaq. Pensarías lo que pienso yo: que esto no hay

alma que lo aguante ni corazón que lo resista.

Ter. ¿Pero tú crees que yo no sufro?

Joaq. ¡Cómo te vas á comparar conmigo! Tú siquiera, cuando estás sola, puedes tener el consuelo de pensar en mí, de recrearte con mi amor, con la tranquilidad de que soy solo tuyo. Yo, ni eso.

Ter. ¿Y qué culpa tengo de que dudes de mí?

Joaq. Si yo no dudo, Teresa; si no es eso. Entiéndeme bien. Es que yo me marcho y él viene; es que yo estoy lejos y él está cerca, es que él te habla y tú le oyes gustosa.

Ter. ¡Y qué voy á hacer!

Joaq. ¡Pues ese es mi tormento! ¿O es que crees que un marido, por el hecho de ser marido, ya no inspira celos?

Ter. Tú sabes que yo te quiero con toda mi alma.

Joaq. (Muy cariñosamente) ¿Entonces por qué no accedes á lo que te pido?

Ter. Porque es imposible.

Joaq. ¿Imposible? No; mira, nos vamos á Inglaterra; á Manchester... Allí está un amigo de mi padre dirigiendo una fábrica. No nos conoce nadie... no nos faltará nada... Seremos felices, muy felices...

Ter. No.

Joaq. Pero, ¿por qué?

Ter. Porque no.

Joaq. ¿Ves cómo no me quieres? ¿Ves cómo es mentira lo que dices?

Ter. No, Joaquín.

Joaq. Sí es mentira, mentira, no me quieres. Si me quisieras romperías con todo.

Ter. No me pidas lo que es superior á mis fuerzas. No me quieras hacer más mala de lo que soy.

Joaq. ¿De modo que te niegas? (Teresa baja la cabeza sin contestar.) ¿Es decir que prefieres este martirio lento, este constante sufrir de un día y otro día? Pues bien; (Con resolución.) yo no. Ya te lo he dicho; yo no puedo seguir así. Yo necesito salir de esta situación... sea como sea.

Ter. ¿Qué dices?

Joaq. Que esto se acabó... que es necesario que te decidas; ó tu marido ó yo. Elije.

Ter. ¡Por Dios, Joaquín!

Joaq. ¡Esto es imposible! ¡Yo me muero de vergüenza cada vez que ese hombre me estrecha la mano.

Ter. (Próxima á llorar.) No sé qué tienes hoy. Parece que gozas en atormentarme y en atormentarte.

Joaq. Sí; es verdad; no sé lo que me pasa; no sé qué genio malo se ha apoderado hoy de mí. Tienes razón; gozo en destrozarme y en destrozar lo que me rodea. (Levantándose.) Mira, me voy. Tengo el presentimiento de que si permaneciese aquí diez minutos, concluiría por hacer una barbaridad. Déjame que me vaya.

Ter. (Reteniéndole.) No, espera un poco; no quiero que te marches tan triste.

Joaq. (Abatido.) ¿Triste?... Sí; eso es; estoy muy triste. Hace días que pesa sobre mí una tristeza abrumadora, un abatimiento que me oprime. Todo me asusta y me achica y me acobarda. Ayer pasé un día horrible. Luego ese animal de Grunter acabó de embrutecerme con su maldita cerveza.

Ter. (Cariñosamente.) ¿Por qué vas con ese hombre?

Joaq. Ya lo sabes, por lástima. Soy el único amigo que tiene. En el pueblo y en la fábrica todos le desprecian. Si no fuera por mí se vería siempre solo como un perro.

Ter. El se tiene la culpa. Es un tío muy bestia y muy antipático.

Joaq. No lo creas: es un infeliz, un alma de Dios. Un niño muy bruto que bebe mucha cerveza... nada más.

Ter. ¿Y te parece poco?

Joaq. ¡Pobre hombre! ¿Y qué quieres que haga? Lejos de su patria, solo, sin amigos, sin afecciones, sin nadie que le preste un poco de ternura y un poco de calor; ¿qué recurso le queda más que beber? Es su desquite.

Ter. Dicen que bebe mucho.

Joaq. Muchísimo. Todo lo que te digan es poco. Asusta pensar lo que resiste. Anoche, sin embargo, se emborrachó. Se puso pesadísi-

simo. No te puedes figurar el trabajo que me costó separarme de él.

Ter. ¿Lo ves?

Joaq. Por eso vine tan tarde. Y creí que no venía. Le dió la borrachera por no dejarme. Gracias á que á última hora me puse muy serio y me cuadré. ¡Te advierto que por poco nos pegamos!

Ter. ¡Jesús!

Joaq. Salimos de la cantina, riñendo como dos gañanes. En la carretera le dí un empellón y me marché.

Ter. ¿Y él?

Joaq. No sé; allí se quedó.

Ter. ¿Ves, ves como no debes ir con ese hombre? ¿Ves como cualquier día te da un disgusto?

Joaq. No sería el primero.

Ter. No vayas con él.

Joaq. No, ya no voy más. ¡Te aseguro que no vuelve á pescarme! (Pausa.)

Ter. (Va hacia el balcón y lo abre, iluminándose la escena de luz, que desaparece al cerrarse las maderas.—Asustada) ¡Jesús, de día ya! Anda, vete, Joaquín.

Joaq. Sí, me voy; adiós.

Ter. ¿Verdad que no estás enfadado conmigo?

Joaq. ¿Contigo? ¡Nunca!

Ter. ¡Cuánto te quiero!

Joaq. ¡Mi Teresa!

Ter. Anda, vete, vete, que es de día. (Empujándole hacia la puerta del foro, después de haber apagado la luz de la habitación.)

Joaq. ¡Adiós, mi alma!

Ter. Adiós. Hasta la noche. Ten cuidado... no te vayan á ver...

Joaq. No tengas miedo. Adiós. (La besa la mano.)

Ter. Adiós. (Al mutis de Joaquín cierra Teresa la puerta por donde aquél salió. Se dirige al balcón, que abre, y desde él cambia el último adiós. Después cierra todas las puertas y vase por la izquierda, cerrándola igualmente. Suena un timbre.)

ESCENA II

MARÍA, TERESA; luego VENDEDORA

María (Por derecha atraviesa la escena y se detiene en la izquierda.) ¿Ha llamado la señorita?

Ter. (Al paño.) Sí. ¿Qué hora es?

María Las cinco y media.

Ter. ¿Será ya de día?

María Completamente.

Ter. Abre los balcones.

María (Obedece, y al abrir los balcones y la puerta del foro la escena se llena de luz. María vuelve á acercarse á la izquierda.) ¿Se va á vestir la señorita?

Ter. Me estoy ya vistiendo.

María ¿Quiere la señorita que la ayude?

Ter. No... gracias.

María ¿Va la señorita á tomar ahora el desayuno?

Ter. No, es temprano; aguardaré á que venga el señorito... Ahora prepárame el tocador. Me peinaré. (Sale, y lentamente se acerca al balcón, mientras María prepara en el tocador los útiles de peinar.) ¡Qué día más hermoso!

María Mañanita de Abril.

Ter. Está el jardín que es un encanto. Mira, mira, han abierto casi todas las rosas.

María (Se aproxima.) ¡Ay, qué bonitas! ¿Quiere la señorita que corte un ramo?

Ter. Anda, sí, renovaremos éstas, que están ya mustias. (Cogiendo los ramos de los jarrones y tirándolos por el balcón. María sale por foro. Teresa sigue apoyada en el antepecho del balcón.) Mira, coge de aquellas... de esas no, de aquellas otras, de las encarnadas... eso es... ahora de aquellas otras. Cuidado, mujer, que las deshojas. ¿Qué miras? ¡Ah! Doña Angela. (Saluda con la mano.) Buenos días.

María (Al paño.) ¡Qué madrugadora! ¿Cómo? ¿qué? no, no, señora.

Ter. (A María.) ¿Qué dice?

María Que si ha venido el señorito.

Ter. (Que sigue hablando desde el balcón.) No, hasta las siete.—Ea, tú, date prisa. (Pausa.) Basta, mujer, no cortes más. Ya hay suficientes... (Se retira del balcón.)

María (Entrando con dos grandes ramos de flores.) Mire usted, mire usted qué hermosas y qué frescas. Todavía llenitas de rocío. Parece que han estado llorando.

Ter. Trae. (Colocan los nuevos ramos en los jarrones. María vuelve al centro chupándose un dedo, apretándosele y haciendo otros ademanes que demuestren que se ha pinchado.) ¿Qué es eso? ¿Te has pinchado?

María No es nada... un arañazo. Gajes del oficio. Ya lo dice el cantar:

«Por cortar una rosa
me pinché un dedo,
no hay rosa sin espinas
ni amor sin celos.»

Ter. (Secamente.) Péiname. (Se dirige al tocador y se sienta. María le hecha un peinador sobre los hombros y empieza á soltarle el pelo.)

Maria Mucho ha madrugado hoy la señorita.

Ter. (Distraída.) Sí.

María Como que en este tiempo no hay quien aguante la cama. A mí en cuanto el primer rayo de sol entra por la ventana parece que me están pinchando. Hoy me he levantado muy temprano. ¡He estado más aburrida! Si no hubiera sido por miedo de despertar á la señorita, hubiera venido al jardín. (Teresa se estremece.) ¿Le he hecho daño á la señorita?

Ter. Sí, tengo la cabeza muy delicada.

María Pues ya ve la señorita que ando con cuidado.

Vend. (Asomándose por el antepecho del balcón.) Señorita Teresa, ¿quié usté fruta?

Ter. (Sin moverse.) No.

Vend. Ande, que la traigo mu rica. Misté qué fresones. Acabaditos de coger.

Ter. No quiero.

Vend. Ande, que se los doy baratos.

Ter. Que no, mujer. ¡Jesús, qué pesada!

Vend. Bueno, señorita, no se enfade. Otro día será. (Vase.)

Ter. ¡Qué molesto! Voy á tener que peinarme en otro sitio. Esto de que todo el mundo ha de pasar por aquí. .

María Ya... ya...

Ter. No sé por qué lo permiten. Al fin y al cabo este jardín es de la fábrica... completamente particular.

María Como se ataja...

ESCENA III

DICHAS y DOÑA ANGELA, foro

Ter. (Haciendo ademán de levantarse.) ¡Mi querida doña Angela!

Ang. No te muevas, Teresita, no te muevas. Sigue tu peinado. (Se sienta.)

Ter. Tanto bueno por mi casa. ¡Y á estas horas!

Ang. Como ví que estabas levantada... Supongo que no vendré á molestarte.

Ter. ¡Jesús, qué disparate! Todo lo contrario. Pero, ¿cómo tan madrugadora?

Ang. Más que madrugadora. No he dormido.

Ter. ¿Y eso? ¿Qué ocurre?

Ang. ¿Ha venido tu marido?

Ter. Ya sabe usted que hasta las siete no sale de la fábrica ¿Pero qué es ello? ¿Qué le pasa á usted?

Ang. Lo de siempre, Teresita, lo de siempre. Este Joaquín me va á quitar la vida.

Ter. ¡Por Dios, doña Angela!

Ang. Me está matando á disgustos. ¿Sabes lo que hizo anoche?

Ter. (Sobresaltada.) ¡Dios mío, no sé! ¿qué ha hecho?

Ang. No ha dormido en casa.

Ter. ¡Ah!

Ang. Como ¡ah! ¿Te parece poco?

Ter. No, no... pero, vamos... no es para que usted se disguste de ese modo. Hay que ser un poco tolerante, doña Angela. Tenga usted en cuenta que Joaquín no es ya ningún chiquillo.

Ang. Para mí lo será siempre. Qué quieres, hija, no lo puedo remediar. Creo que á todas las madres les pasará lo mismo.

Ter. Sin embargo, por una noche...

Ang. Es que no es una noche, Teresita. Desde hace seis meses esto se viene repitiendo con

frecuencia, con relativa frecuencia... Otras noches viene á dormir á las dos y á las tres de la madrugada. ¿Te parece á ti que esto está bien?

Ter. Sí, sí; tiene usted razón. Eso no está bien. Va á ser necesario reñirle.

Ang. Precisamente á eso vengo: á que tu marido y tú le echéis una regañina, pero fuerte, ¿eh? muy fuerte.

Ter. Descuide usted.

Ang. A vosotros os respeta mucho, lo mismo á Augusto que á ti. Estoy segura de que si vosotros le reñís se enmendará.

Ter. Por mi parte esté usted segura de que le reñiré.

Ang. Gracias, Teresita. Eres muy buena.

Ter. ¡Por Dios, doña Angela!

Ang. Yo no sé en qué pasos anda ese chico. En pocos meses ha variado por completo. Está triste, sombrío, taciturno, no duerme, no come... Y yo, Dios me perdone, pero empiezo á sospechar quién tiene la culpa.

Ter. (Vivamente.) ¿Quién?

Ang. Grunter.

Ter. Sí; ese debe ser.

Ang. Indudablemente. Ese alemán es un vicioso, un hombre de muy malas costumbres. Ya ves, dicen que hasta se emborracha. Y Joaquín se empeña en ir con él.

Ter. Va con él por lástima. Grunter es un desgraciado... nadie le quiere, y Joaquín por lo mismo...

Ang. Sí, Joaquín es muy bueno... ¡ya lo creo! no es porque yo lo diga, pero tiene un corazón de oro. Pero es muy débil, muy débil, no tiene voluntad, un niño le engaña. Sí le engañan, porque créelo Teresita, quien le aparte de mí no le quiere bien.

ESCENA IV

DICHAS y CLARA

Clara (Asomando la cabeza por el antepecho del balcón y golpeando con la sombrilla.) Buenos días. (Se retira.)

Ter. Buenos días. (A doña Angela.) ¿Quién es? (Se levanta.)

Ang. No sé; me ha parecido Clarita.

Clara (Aparece en la puerta del foro, donde se detiene, apoyándose en la sombrilla.) Buenos días, doña Angela. Buenos días, Teresa.

Ang. Muy buenos días.

Ter. ¡Hola! ¿Eres tú?... Pasa.

Clara No puedo; no tengo tiempo; me voy escapada.

Ter. ¿A dónde vas?

Clara A Madrid, de compras. ¿Quieres venir?

Ter. No, gracias.

Clara Anda, mujer, anímate. Volveremos en el tren de las doce.

Ter. No puedo; no ha venido todavía Augusto de la fábrica.

Clara ¡Para lo que él te necesita! Con echarse á dormir tendrá bastante.

Ter. De todos modos.

Clara Anda, mujer...

Ter No, no... ya ves. Ni siquiera estoy vestida.

Clara ¡Qué lástima! Quería comprar unas telas y como tú tienes tan buen gusto...

Ter. Cree que lo siento. Pero pasa, mujer, no te quedes en la puerta. (Haciéndola pasar.)

Clara (Subiendo los escalones.) No, gracias; me voy en seguida. (A doña Angela.) Anoche vi á su hijo de usted.

Ang. Ah, ¿sí? ¿á qué hora? (Con interés.)

Clara No sé... serían las once. Con el alemán ese.

Ang. ¿Grunter?

Clara Sí. Y me parece que iban los dos un poco... ¿Por qué le deja usted ir con ese hombre?

Ang. Ya se lo digo, pero qué quiere usted, no me hace caso.

Clara Cualquier día va usted á tener un disgusto. Mire usted que ese hombre es un animal.

Ang. Ya lo sé, hija, ya lo sé.

Clara Es preciso que tenga usted energía, doña Angela. Joaquín es muy bueno, pero se lo van á usted á malear. De algún tiempo á esta parte le encuentro muy desmejorado.

Ang. ¿Verdad que sí?

Ter. Está lo mismo.

Ang. No, no; tiene razón Clarita.

Clara — Yo le encuentro algo... no sé... así como triste, preocupado... ¿Se nos habrá enamorado?

Ang. — Dios mío... no sé...

Clara — Ande usted con cuidado, doña Angela... Mire usted que las mujeres somos muy malas.

Ang. — ¡Bah!

Clara — Mire usted que como alguna le haya cogido por su cuenta... ¡Ja, ja, ja!

Ang. — ¡Cómo! ¿usted cree ..?

Clara — (Con intención.) Ande usted con cuidado.

Ang. — ¿Qué quiere usted decir?

Clara — Vaya, adiós, que es muy tarde y voy á perder el tren. ¡Ja, ja, ja! (Vase riendo por foro.)

ESCENA V

TERESA y DOÑA ANGELA

Ang. — ¡Qué loca!

Ter. — Algo peor que loca.

Ang. — Sí, ¿verdad? ¿Sabes lo que el otro día me dijeron?

Ter. — ¿Qué?

Ang. — A propósito de ésta... que...

Ter. — ¡Pero doña Angela! ¿en qué país vive usted? Si eso lo sabe todo el mundo.

Ang. — Sí; eso me dijeron. Pues mira, yo no lo quería creer... ¡Parece mentira! ¡Una mujer casada! Pues me lo aseguraron... Me dijeron que tiene un amante y que estos viajecitos á Madrid... ¡Tu ves, hija, tu ves!

Ter. — Ya lo sabía. Por eso no he querido ir con ella.

Ang. — Has hecho muy bien. Y debes tratarla lo menos posible. No sales ganando nada. Una mujer como tú... ¡tan buena!

Ter. — ¡Por Dios, doña Angela!

Ang. — Mira, yo en esto soy intransigente. Una mujer soltera mal está que haga ciertas cosas; pero, en fin, allá ella, no se ofende más que á sí misma. ¡Pero una mujer casada! Te aseguro que en esto yo sería implacable.

Ter. — Sin embargo.

Ang. — Una mujer casada no tiene nunca razón

para engañar á su marido, ¡nunca! ¿Ves tú lo que yo quería á Clarita? Pues desde que me he enterado que falta á su marido esa mujer ha concluído para mí.

Ter. Pero es que Clarita...

Ang. Clarita y todas. Mira, ya ves que contigo no hay caso, porque tú eres un ángel. Pues bien, si á mí me dijeran que tú... vamos, es que no volvía á dirigirte la palabra. Y perdona el ejemplo; le he puesto precisamente porque demasiado sé que tú... (Suena una campana.)

Ter. La campana. Ya salen de la fábrica.

Ang. ¿Tú marido también?

Ter. Naturalmente.

Ang. En estas cosas no transijo; es que no transijo. Había de tratarse de una hija mía; es más, mi hijo... si yo supiera cualquier día, si á mí me dijeran que mi hijo estaba en relaciones con una mujer casada, no volvía á entrar más en mi casa.

Ter. ¡Pero doña Angela!

Ang. Para mí había muerto. (Suena un timbre.) Llaman. ¿Será tu marido?

Ter. El debe ser.

ESCENA VI

DICHAS y AUGUSTO

Aug. (Se dirige á doña Angela y la saluda cariñosamente.) Caramba, que sorpresa tan agradable... ¿Cómo está usted?

Ang. Mal, amigo mío.

Aug. ¡Cómo! ¿Está usted enferma?

Ter. Enferma y viene á consultarte.

Aug. ¡Ah, vamos!... Pues si yo soy el médico no será muy grave la dolencia.

Ter. No te alarmes. La bondad infinita de doña Angela exagera las cosas y lo que es una faltilla leve...

Aug. ¿De faltillas se trata?

Ang. De faltas graves.

Aug. Veamos. (Se sienta entre ambas.)

Ang. Joaquín no ha parecido esta noche por casa.

Aug. ¿Nada más que eso?

Ang. ¡Dios mío!, nada más. ¿Le parece á usted poco?

Aug. En un hombre joven y soltero esa falta puede tener disculpa.

Ter. Lo mismo he dicho yo.

Aug. Cosas de jóvenes. Se encontraría con cualquier amigo, se marcharían á Madrid, se les haría tarde...

Ang. Yo pensé si estaría en la fábrica.

Ter. (Mirando fijamente á Augusto.) Es verdad; quizá estuviera.

Aug. No, no estuvo. Pero eso después de todo no quiere decir que estuviera en ningún sitio indigno de él. Joaquín es bueno.

Ang. Sí, es bueno, pero qué quiere usted; francamente, yo no estoy tranquila.

Aug. ¿Por qué, doña Angela?

Ang. ¡Qué sé yo! Como le decía antes á Teresita, hace tiempo vengo notando en él algo extraño que me tiene muy disgustada. No sé lo que le pasa, pero estoy segura que le pasa algo.

Aug. ¡A sus años! ¿Qué quiere usted que le pase?

Ang. ¿Enamorado? ¿Cree usted? También yo había pensado en ello. ¿Pero de quién? ¡Dios mío! ¿De quién puede haberse enamorado ese muchacho? Por más que pienso... la verdad... no conozco ninguna... no hay ninguna en el pueblo... ¿Verdad, Teresita?

Ter. ¡No sé, doña Angela!

Aug. ¿Y quién le dice á usted que sea en el pueblo? Madrid está á dos pasos. Esto mismo quizás justifique sus ausencias.

Ang. Sí, es posible. ¿Pero por qué se oculta? ¿por qué no me lo dice á mí, á su madre? ¿No les parece á ustedes que debía decírmelo?

Aug. Indudablemente.

Ter. Quizá tema disgustarla.

Ang. ¿Disgustarme? ¿Por qué? Si era una muchacha buena y honrada, ¿por qué había de disgustarme?

Aug. Dice bien doña Angela.

Ang. Eso les demuestra á ustedes que su amor no es bueno. No, no es bueno; un amor que se oculta, no puede ser bueno. Además, ten-

gan ustedes en cuenta que las ausencias de Joaquín son siempre de noche. ¿Qué mujer honrada habla de noche con un hombre?

Aug. No todos los amores impuros son perversos ni son malas todas las mujeres, doña Angela. Sin embargo, para tranquilidad de usted, yo tendré una conferencia con Joaquín.

Ang. Gracias, muchas gracias, Augusto. Eso es precisamente lo que yo quería.

Aug. Sí, hablaré con él, no le digo á usted cuando porque estas cosas deben venir rodadas.

Ang. Procure usted que sea pronto.

Aug. En cuanto le vea.

Ang. Y ¿cuándo le verá usted?

Aug. No sé... Antes iba casi todas las noches un rato á charlar conmigo, pero ahora...

Ang. No, si ya le he dicho á usted que ahora está desconocido...

Aug. Ya había yo notado también algo, pero lo atribuía á otras causas, á su amistad con Grunter, por ejemplo. Por cierto, que sin que usted me dijera nada, pensaba yo haberle reñido. Y él debe habérselo figurado, porque me huye.

Ang. ¿Que le huye á usted?

Aug. Sí, de noche jamás aparece por la fábrica, y si por casualidad nos encontramos, trata de evadirme.

Ter. (A Augusto.) ¿Vas á tomar algo antes de acostarte?

Aug. Una taza de leche si me la das pronto. Tengo muchísimo sueño. He trabajado de firme esta noche. Se nos inutilizó un dinamo y hemos andado de cabeza. Estoy rendido. (Levantándose.)

Ter. En seguida. (Toca un timbre.)

Ang. (Levantándose también dirigiéndose á Augusto.) Sí, sí, á descansar, que ya es hora. Yo me voy.

Ter. ¡No faltaba más! ¿Qué prisa tiene usted?

Ang. Voy á ver si Joaquín está en casa.

Ter. Joaquín está ya en la fábrica.

Aug. Seguramente. Lo que es á su obligación no falta nunca.

Ter. Usted se queda aquí; se desayunará con nosotros.

Ang. No, Teresita, de ninguna manera.

Ter. No faltaba más. (A María que ha entrado por la derecha.) Prepare usted en seguida el desayuno y añada un servicio para doña Angela. (A doña Angela.) ¿Qué va usted á hacer en casa á estas horas preocupada y sola?

Ang. Como quieras, Teresita. (Viendo las flores en los jarrones.) ¡Ay, qué rosas más hermosas!

Ter. Acabaditas de coger.

Ang. ¡Qué lástima que estén sueltas! ¿Por qué no haces un ramo?

Ter. Porque no sé.

Ang. ¿Quieres qne yo le haga?

Ter. ¡Ah! ¿Pero usted sabe?

Ang. ¡Toma! Pues si soy una especialidad. Verás, verás. Lo malo es que no hay más que rosas.

Ter. En el jardín hay también claveles, lilas y violetas... Cortaremos las que usted quiera.

Ang. ¿No te da lástima cortar las flores?

Ter. ¡Bah, ya saldrán otras! Venga usted. (Bajan al jardín.)

María (Por la derecha.) ¿Los señores quieren el desayuno en el comedor ó lo traigo aquí?

Aug. Tráelo aquí. (Vase María. Augusto da varios paseos y luego se asoma á uno de los balcones.) Dense ustedes prisa.

Ter. (Desde el jardín.) Vamos en seguida.

Ang. Ya verá usted, ya verá usted qué ramo hacemos tan hermoso. (Pausa larga.)

ESCENA VII

DICHOS, un OBRERO por la derecha

Obrero (Muy deprisa, con la gorra en la mano, jadeante, nervioso.) ¡Don Augusto!... ¡Don Augusto!...

Aug. (Volviéndose sobresaltado.) ¿Qué hay?

Obrero De parte del señor Director que vaya usted inmediatamente á la fábrica.

Aug. ¿Qué ocurre?

Obrero Que el señor Grunter... que el señor Grunter... ha sido encontrado en la carretera. .

Aug. (Impaciente.) ¡Acaba!

Obrero En la cuneta de la carretera, muerto de una puñalada.

Aug. ¿Qué dices?

Obrero Y el autor (Teresa y doña Angela suben las escaleras del jardín con las manos llenas de flores.) es el señorito Joaquín. Le han detenido en el momento de entrar en la fábrica.

(Doña Angela da un grito y se le caen las flores de las manos. Teresa se apoya en el marco de la puerta. María queda sorprendida en la puerta derecha con la bandeja del desayuno entre las manos.)

Aug. (Al Obrero.) ¡Bárbaro, bárbaro!... (Corre á auxiliar á doña Angela. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO

Despacho de Augusto Beltrán. Puerta al foro y á derecha, ésta con las colgaduras caídas. A la izquierda un balcón. En el mismo lado una mesa de despacho y dos grandes butacas de gutapercha. A la derecha, primer término librería. Delante de ésta una «chaise longue» de gutapercha. En las paredes dibujos y planos de máquinas. Sobre la mesa un aparato de luz eléctrica apagado que jugará cuando se indique.

ESCENA PRIMERA

AUGUSTO y HONTORIA. Augusto sentado ante la mesa y Hontoria en una de las butacas

Hont. Tiene usted necesidad de descanso. Ha hecho usted muy mal en no acostarse.

Aug. ¡Qué iba á hacer! ¡Esa pobre doña Angela!... Luego en el juzgado me han tenido dos horas... Para nada.

Hont. Bueno, pero ahora... ¿por qué no se acuesta usted ahora?

Aug. Más tarde, si acaso. Ahora no dormiría.

ESCENA II

DICHOS; CLARA y VALDÉS foro

Clara (Entra hablando desde la puerta.) ¿Pero qué ha sido eso? Crean ustedes que estoy completamente aturdida... No he sabido nada has-

ta este momento. Me he pasado la mañana en Madrid, de compras y al volver me lo ha contado mi marido... ¡Jesús!... ¡Jesús, qué golpe para doña Angela!

Aug. ¡Figúrese usted!

Valdés ¡A sus años!

Clara Me han dicho que estaba aquí cuando recibió la noticia.

Aug. Sí, aquí estaba.

Clara Y fué de pronto, ¿verdad? bruscamente. (Sentándose en la otra butaca. Valdés se sienta en la «chaise longue».)

Aug. Un escopetazo.

Clara ¡Pobre señora!

Valdés ¡Qué impresión!

Aug. ¡Calculen ustedes! Se nos cayó redonda al suelo. Yo no sé, no sé cómo no se mató. La llevamos á la cama... le han dado dos ó tres ataques...

Clara Es natural.

Aug. ¡Y así estamos!

Valdés ¡Pobrecilla!

Clara Yo venía á verla.

Aug. Ahora está descansando.

Valdés Es mejor que la dejes.

Clara Sí, si, desde luego... No faltaba más... ¿Y Teresa?

Aug. Pues lo mismo, igual... al lado de doña Angela... tirada en una butaca, llora que te llora.

Clara Es claro.

Aug. Es una criatura tan nerviosa, tan excitable... ¡la impresionan las cosas de una manera!

Valdés Todas las mujeres son iguales.

Aug. No, como la mía ninguna. No tienen ustedes idea de cómo está. Se me va á poner enferma.

Clara Es natural, Augusto.

Aug. ¿Por qué, señora?

Clara Jesús, por nada... por eso, porque es muy impresionable... ¿usted cree que se puede estar impunemente al lado de una persona á quién le están dando ataques nerviosos? Crea usted que á mí me sucedería lo mismo.

Hont. Sí, eso es cierto.

Clara — Soy yo, que no me interesa, vamos, que no tengo con doña Angela y con Joaquín la intimidad que ustedes y estoy preocupadísima. Desde que lo he sabido no se me va de la cabeza. Bueno, ¿y qué ha sido? cuéntenmelo ustedes.

Aug. — ¿Pero no lo sabe usted ya?

Clara — A medias. Me lo ha contado éste; (Señala á Valdés.) ¡pero como este es un hombre que no se entera nunca de nada!

Hont. — Crea usted que á veces es preferible.

Clara — A veces.

Aug. — Hontoria se lo contará; casi lo ha presenciado.

Valdés — ¡Ah! ¿sí?

Hont. — ¡Hombre, tanto como presenciado!

Aug. — Bien, pero ha estado usted allí.

Hont. — Eso sí.

Clara — Cuente usted, Hontoría, cuente usted.

Hont. — Pues, verán ustedes; salí yo esta mañana muy temprano de casa, al clarear el día... las cuatro poco más ó menos, con intención de soltar unos tiros. Tomé por la carretera y al llegar á unos doscientos metros de la cantina del Sordo, ví un grupo de gente, carreteros, aldeanos... me acerqué á ver lo que era y me encontré al pobre Grunter tendido en el suelo, muerto.

Clara — ¡Ah!

Valdés — ¿Muerto?

Hont. — Sí, muerto... caído así, (Abriendo los brazos y bajando la cabeza para indicar que estaba de bruces.) en la cuneta de la carretera, con una puñalada aquí, (Señalando la yugular.) un charco de sangre...

Clara — ¡Qué horror!

Hont. — Sí, muy horrible. Aquellos pazguatos no sabían qué hacer. Yo, naturalmente, envié en seguida un recado al juez y á la Guardia civil.

Clara — Es claro.

Hont. — Vinieron en seguida; también llegó el médico... Reconoció el cadáver. Estaba caliente todavía.

Valdés — ¡Ah! de manera que el crimen debió cometerse...

Hont. Hacía muy poco.

Clara Bueno, ¿y cómo se ha sabido que ha sido Joaquín?

Hont. Ah, por las declaraciones de todos. Verán ustedes; Joaquín y Grunter estuvieron toda la noche juntos.

Valdés Sí, es verdad; los vimos nosotros.

Hont. Los vió todo el pueblo. A eso de la una entraron en la cantina del Sordo. Iban los dos un poco...

Valdés Sí, también lo notamos. Se lo dije yo á Clara, ¿te acuerdas?

Hont. A pesar de eso, quizá, por eso mismo, siguieron bebiendo de una manera desenfrenada, especialmente Grunter. Ya saben ustedes lo que ese hombre bebía. Luego, Joaquín quiso marcharse pero el alemán, que estaba completamente ebrio, se empeñó en no soltarle. Parece que sobre esto tuvieron una disputa y que el alemán le quiso pegar, ó le pegó... no sé... Lo cierto es que el dueño de la cantina los echó de allí y que ellos se marcharon por la carretera, regañando... Luego ya no se supo nada hasta las tres y pico en que un carretero encontró el cadáver.

Clara ¿Pero Joaquín ha confesado?

Hont. No, todo lo contrario. Jura y perjura que no ha sido él. Dice que se separó de Grunter á la una y media de la madrugada, casi en la puerta de la cantina, pero...

Clara ¿Qué?

Hont. No sabe decir qué hizo desde esa hora. En su casa no estuvo; en la fábrica tampoco. Fuera de esos dos sitios, ¿á dónde podía ir? A esas horas en un pueblo donde está todo cerrado...

Valdés Verdaderamente.

Clara Todo esto es muy extraño.

Hont. No, ¿por qué?

Clara Ah, ¿usted cree...?

Hont. ¡Qué duda cabe! La cosa no puede estar más clara ni más sencilla. Salieron juntos regañando... borrachos... se agrió la disputa... Grunter como era tan bárbaro le maltrataría y él entonces... ¿no cree usted lo mismo, Beltrán?

Aug. Seguramente.

Clara Pues bien, yo no. Ustedes perdonen, pero yo no pienso como ustedes. Joaquín es incapaz...

Valdés Ten en cuenta que estaba algo...

Hont. Que no estaba en su estado normal...

Aug. Desgraciadamente para él, no cabe duda.

Clara Entonces, ¿por qué se empeña en negar?

Aug. Eso le he dicho yo.

Clara Ah, ¿usted le ha visto?

Aug. Esta mañana.

Valdés ¿No está incomunicado?

Aug. Esta mañana al menos...

Hont. Ya saben ustedes lo que son los pueblos. Mientras no se encargue de la causa el juez de instrucción...

Clara ¿Y qué le ha dicho?

Aug. El nada No he conseguido hacerle hablar. En cuanto me vió se puso muy pálido, bajó la cabeza y...

Hont. Ha estado usted muy duro con él.

Aug. He estado justo.

Clara ¡Cómo! ¿qué le ha dicho usted?

Aug. Lo que en iguales circunstancias me había dicho á mí mismo: Que es necesario decir la verdad. La verdad debe decirse siempre; en todos los momentos, en todas las ocasiones, en todos los conflictos, siempre la verdad. Ante todo, sobre todo, siempre la verdad. Aunqué nos perjudique, aunque nos mortifique, aunque nos condene, aunque nos deshonre, siempre la verdad.

Clara Todo eso es muy bello en teoría, Augusto; pero en la vida...

Aug. La vida no es más que un medio para que triunfen la justicia, el bien y la verdad. Un hombre tiene derecho á todo, á todo menos á dos cosas; á hacer daño á sabiendas y á querer eludir con una mentira la responsabilidad de sus acciones, á intentar sustraerse á la justicia; no á la justicia humana, esa justicia convencional, ridícula y mezquina que nosotros los hombres hemos inventado para perjudicarnos los unos á los otros, sino á la justicia única, inapelable, absoluta, que tarde ó temprano nos ha de alcanzar y á la

cual no es posible que nos podamos sustraer.

Clara ¿Eso le ha dicho usted?

Aug. Le he dicho más. Le he dicho: usted ha cometido un crimen abominable, pero hay algo que le disculpa á usted; estaba usted perturbado; no era usted dueño de su voluntad y de su razón. Pero ahora está usted ya sereno; en su estado normal. Hable usted, pues. Diga usted la verdad.

Clara ¿Y él?

Aug. El se acercó á mí y con la cabeza caída, los ojos, tartamudeando, balbuciendo, me dijo: «Yo le juro á usted, Augusto, que no he matado á Grunter.» Entonces, ¿en dónde ha estado usted?

Clara Y él... ¿qué dijo?

Aug. No me contestó.

Clara ¿Nada?

Aug. Nada.

Clara ¿Y usted?

Aug. Yo no le dije más que esto: Joaquín, hasta aquí hemos sido dos buenos amigos. De hoy en adelante ya no podemos serlo. Yo le disculpo que en un momento de locura haya matado á un hombre; pero no puedo disculparle que en plena lucidez tenga la cobardía moral de empeñarse en negarlo. Yo le perdono que sea un homicida. Lo que no le puedo perdonar es que sea usted un miserable. Y me marché.

Valdés ¿Se marchó usted?

Aug. Me fuí.

Clara ¡Pobre Joaquín!

Aug. No le compadezcan ustedes. Las almas pequeñas, las almas mezquinas no merecen compasión.

Clara Es usted implacable.

Aug. Soy justo. Si yo estuviera en el caso de él, pensaría lo mismo. No lo duden ustedes. Pensaría lo mismo. Para mí en el mundo no hay más que tres cosas grandes: la justicia, el bien y la verdad.

Clara Y el amor.

Aug. Cuando es bueno, verdadero y justo.

Clara Siempre lo es el amor.

Aug. ¿Siempre?

Clara Siempre. Porque cuando no es así no es tal amor.

Aug. Todo eso son frases. Además, ¿qué tiene que ver aquí el amor?

Clara Nada; pero como decía usted que en el mundo no hay más que tres cosas grandes... (Levantándose.)

Valdés ¿Nos vamos?

Clara No; digo, tú puedes irte si quieres. Yo pienso quedarme todavía un poco.

Valdés ¡Como te levantabas!

Clara Voy á ver un momento á Teresa. ¿Estará en su cuarto?

Aug. Sí, con doña Angela.

Clara (Deteniéndose.) Ah, entonces...

Aug. ¿Quiere usted que la llame?

Clara No, no; de ninguna manera... Ya la veré luego. (Se sienta en la «chaise-longue.»)

Aug. Como usted guste.

Clara ¿Le ha contado usted su entrevista con Joaquín?

Aug. No... ¿para qué?

ESCENA III

DICHOS. GALVEZ por foro

Gálvez Buenas tardes.

Aug. Hola, Ramón.

Gálvez (Dirigiéndose á Clara muy afectuoso.) ¿Qué tal, señora? (Saludando á Valdés que se habrá levantado al verle.) ¿Y usted, amigo Valdés? (A Hontoria que no se ha movido.) A ti no te saludo (Encarándose con Augusto.) Bueno, ¿y qué? me han dicho que no se ha acostado usted todavía.

Aug. No he podido.

Gálvez ¡Pero hombre! ¡Va usted á estar destrozado esta noche! (Sentándose en la butaca que dejó vacante Clara.)

Hont. No te molestes, ¡más que le he dicho yo!

Gálvez ¿Y con la tarea que se dió usted ayer?

Hont. Es inútil. ¡Es así! (Dando con los nudillos en la mesa.)

Aug. ¡Pero qué voy á hacer!

Gálvez Afortunadamente todo esto ya me lo había figurado. Por eso he venido.

Aug. ¿A qué?

Gálvez A decirle á usted que no se moleste en ir por la fábrica esta noche.

Aug. ¿Cómo?

Gálvez No hace usted allí falta ninguna. Ya nos arreglaremos como podamos.

Aug. Pero, ¿y usted?

Gálvez Yo he dormido maravillosamente; me acabo de levantar ahora mismo.

Aug. No, Ramón, muchas gracias.

Gálvez Supongo que no tendrá usted la pretensión de considerarse imprescindible.

Aug. ¡Hombre!

Gálvez Entonces...

Aug. Gracias, Ramón; es usted un buen amigo, pero no puedo aceptar.

Gálvez ¿Por qué?

Aug. Sería dar un mal ejemplo.

Hont. ¡Qué tontería!

Gálvez Digo que está usted enfermo, y santas Pascuas.

Aug. Pero si no es verdad.

Gálvez ¿Y á usted qué le importa? Nadie ha de enterarse. Y aunque se enteren, señor, ¿qué?

Aug. No se debe mentir.

Gálvez ¡Qué tontería!

Hont. Nada, es inútil, no te molestes.

Gálvez (A Augusto.) Como usted guste, pero conste que...

Aug. Gracias, Ramón, muchas gracias.

Valdés Bueno, ¿qué hay? ¿qué noticias nos trae usted?

Gálvez ¿Yo? ninguna. Acabo de levantarme ahora mismo. Ustedes son los que deben contarme.

Hont. Pues, nada... Todo está igual que esta mañana.

Gálvez ¿Sigue ese hombre sin hablar?

Hont. Ni una palabra.

Gálvez ¡Qué extraño!

Clara No diga usted eso porque se le van á echar encima todos estos señores.

Gálvez ¿Por qué?

Clara — Porque se empeñan en que es la cosa más natural del mundo.

Aug. — Natural, no.

Clara — Bueno, explicable.

Gálvez — Ah... ¿ustedes siguen creyendo?

Aug. — Naturalmente.

Hont. — ¡Qué duda cabe!

Clara — Usted no, ¿verdad?

Gálvez — Yo no lo veo claro... encuentro muchas cosas confusas.

Valdés — ¡Pobre Grunter!

Gálvez — ¡Qué importa Grunter! Grunter es lo de menos. Crea usted que no se ha perdido nada.

Aug. — No hable usted así, Ramón, era un semejante.

Gálvez — ¡Qué había de ser eso un semejante, hombre! Eso era un tornillo, una rueda, una prolongación más de una máquina, un aparato de carne que en lugar de grasas y aceites engullía cerveza. ¿Se ha roto? Se busca otro y en paz. Crean ustedes que por ahí no se ha perdido nada.

Clara — Es usted terrible.

Gálvez — Quien á mí me preocupa es Joaquín. Esa es la única, la verdadera víctima.

Aug. — Sin embargo, desde el momento en que ha cometido un delito...

Gálvez — ¡Pero si es que yo no creo que haya sido él!

Hont. — Las apariencias...

Gálvez — Sí, son abrumadoras, brutalmente abrumadoras, pero no basta. Es necesario una prueba, ¿dónde está esa prueba?

Clara — Lo mismo digo yo.

Hont. — Pero, ¿por qué calla?

Gálvez — ¡Yo qué sé!

Hont. — Desengáñate, si ese hombre pudiera justificarse lo haría. Nadie es tan imbécil que se acuse á sí propio.

Gálvez — Es que no sabemos las circunstancias en que ese hombre se encuentra.

Hont. — ¿Qué quieres decir?

Gálvez — Mira; hay un detalle muy significativo; fíjate bien. La disputa surgió porque Joaquín se quería marchar, ¿no es eso?

Hont. — Perfectamente; sigue.

Gálvez El dice que se fué.

Hont. ¿A dónde?

Gálvez Eso es lo que es necesario averiguar.

Hont. Si fuera eso verdad ya lo diría él.

Gálvez ¿Y si no puede decirlo?

Hont. ¿Por qué?

Gálvez Qué sé yo... por... figúrense ustedes que ha estado con una mujer...

(Augusto le mira fijamente; luego apoya la cabeza en la mano y el codo en la mesa, y queda pensativo.)

Hont. ¿Con una mujer?

Gálvez Sí, una mujer á quien no pueda, á quien no quiera comprometer...

Hont. ¿Tú crees?...

Gálvez No creo nada. He dicho esto como podía haber dicho otra cosa. Es lo primero que se me ha ocurrido... ¡Pero si es que dándole vueltas al asunto!...

Hont. Dios te conserve la imaginación.

Gálvez Y la lógica.

Hont. ¿Qué es eso, Augusto? ¿Se duerme usted?

Aug. (Rehaciéndose.) No; es que estoy un poco fatigado.

Hont. Es claro.

Gálvez Como que necesita usted descansar. Ea, vámonos para que usted se acueste.

Aug. Es inútil; no dormiría.

Gálvez Pero al menos descansará.

Aug. No; voy á salir con ustedes á dar una vuelta. (Levantándose también.) Esto es nervioso y seguramente se me pasará dándome el aire.

Gálvez Como usted quiera.

Aug. Sí; vámonos. ¡Teresa!... ¡Teresa!...

ESCENA IV

DICHOS, TERESA y MARÍA

Ter. (Desde el umbral puerta derecha.) ¿Me has llamado?

María (Por el foro.) ¿Llamaba el señor?

Aug. (A María.) No. (A Teresa.) Voy á salir á dar una vuelta. Volveré en seguida.

Ter. Bueno.

(Se acercan todos á saludar.)

Gálvez (*A Teresa.*) ¿Y doña Angela?
Ter. Llorando... pero más tranquila.
Valdés (*A Clara.*) ¿Te quedas?
Clara Sí, un momento.
Valdés Bueno, pues adiós.
(*Vanse todos menos Clara y Teresa.*)

ESCENA V

TERESA y CLARA

Clara (*Muy cariñosamente.*) ¿Cómo estás, Teresita?
Ter. Ya ves.
Clara Sí, hija, sí; ya veo... ¿Y doña Angela? (*Se sientan en la «chaise longue».*)
Ter. Llorando... empeñada en ver á su hijo.
Clara ¡Pobre mujer!
Ter. Quiere verle, hablarle... convencerse por sí misma de lo que ha ocurrido.
Clara Es natural.
Ter. Dos ó tres veces ha querido vestirse... me ha costado un trabajo enorme convencerla.
Clara Claro, la excitación.
Ter. No, si ahora está muy tranquila. Una tranquilidad que espanta... un dominio de sí misma...
Clara ¡Ah! ¿sí?
Ter. Yo creo que es la misma tensión nerviosa... Cuando venga la depresión va á ser horrible. No la va á poder resistir.
Clara ¡Mujer!
Ter. Doña Angela no aguanta este golpe. Tú no sabes lo que quiere á Joaquín.
Clara ¡Qué disgusto!
Ter. ¡Oh!
Clara ¿Y tú?
Ter. Figúrate.
Clara ¿Estarás aturdida?
Ter. Sí, aturdida, atontada. Parece que me han dado un golpe en la cabeza.
Clara Pues es necesario que te domines...
Ter. ¿Qué?
Clara Que te domines, que te rehagas. Te advierto que tu marido...
Ter. ¿Mi marido?

Clara — Tu marido empezará á sospechar.

Ter. — ¿A sospechar? ¿de qué?

Clara — Teresa, ¿por qué no tienes confianza conmigo?

Ter. — ¿Qué dices?

Clara — Haces mal, muy mal. Yo te quiero muchísimo: siempre te quise mucho y ahora más.

Ter. — (Secamente.) No te entiendo.

Clara — No finjas conmigo. Es inútil. Lo sé.

Ter. — ¿Tú?

Clara — Hace ya mucho tiempo. No te he querido nunca decir nada, ¿para qué? Desde el momento en que tú no tenías confianza conmigo...

Ter. — ¡Clara!

Clara — Si te lo digo ahora es porque las cosas han venido así... porque te veo sufrir... porque me das muchísima pena.

Ter. — ¡Tú sabías!...

Clara — Sí; lo sabía. . Muchas noches... yo también me acuesto muy tarde... pensando... soñando... asomada á la ventana de mi alcoba, sola y á obscuras, vi á Joaquín salir de tu cuarto.

Ter. — (Bajando la voz y mirando alrededor asustada.) ¡Calla!

Clara — (Bajando también la voz.) Le vi salir. Y yo que siempre te había querido mucho, desde entonces te quise más... No sé por qué... Acaso porque no era yo la única... porque estábamos ligadas por el mismo delito.

Ter. — Pero tú no se lo habrás dicho á nadie... No lo sabrá nadie.

Clara — ¡Nadie! ¡Nadie!

Ter. — ¡Ah!

Clara — No lo sabemos más que tú y yo y él.

Ter. — ¿Joaquín?

Clara — Si, Joaquín y... él.

Ter. — ¿Tu marido?

Clara — No...

Ter. — ¡Ah!... ¿se lo has dicho?

Clara — Le vió una noche.

Ter. — (Levantándose muy nerviosa.) ¡Jesús, qué locura, qué imprudencia!

Clara — ¡Mujer!

Ter. De manera que además de saberlo tú lo sabe otra persona... ¡un hombre!

Clara Tranquilízate. Es un caballero.

Ter. Sí, pero...

Clara ¡Es lo mismo que si fuera Joaquín!... ¡Y ya ves que Joaquín!...

Ter. Joaquín se callará.

Clara ¡Claro!

Ter. Pero es que Joaquín es un chiquillo, una criatura, está loco por mí... está ciego... No, él no me comprometerá nunca... ¡nunca!... Además, (Sentándose otra vez en el sofá y acercándose á Clara) aunque quisiera no podría.. aunque él dijera... ¿comprendes?... con que yo negara... ¿cómo lo iba á probar?

Clara ¡Teresa!

Ter. No lo creería nadie.

Clara Eso no; porque él tendrá pruebas de tú amor.

Ter. Ninguna.

Clara ¿Cómo? ¿No tiene cartas tuyas? ¿No le has escrito nunca?

Ter. Nunca.

Clara ¡Eres muy cauta!

Ter. Una mujer casada no debe jamás comprometerse.

Clara De manera que tú vas á dejar á ese hombre..

Ter. ¡Qué remedio me queda!

Clara ¿No vas á hacer nada por salvarle?

Ter. ¿Pero qué voy hacer?

Clara ¿A sabiendas de que es inocente, de que calla por ti? ¡Es horroroso, Teresa!

Ter. Sí, es horroroso, es horrible. ¡Pero qué voy hacer!

Clara No sé... algo.

Ter. Eso no es decir nada.

Clara Jesús... no sé... en este momento no se me ocurre nada... pero yo buscaría, yo encontraría un medio.

Ter. No hay más que uno. Decir...

Clara ¡Ah! pues lo diría.

Ter. ¿Estás loca?

Clara Sí; lo diría... puesta en ese terreno...

Ter. No lo harías.

Clara ¡Que no!

Ter. No.

Clara ¡No lo había de hacer!

Ter. Sería una locura.

Clara Sería lo que tú quisieras.

Ter. ¿Pero no comprendes que no es posible?

Clara Lo que no comprendo es que abandones á ese hombre. Tú no tienes corazón, Teresa.

Ter. En este momento no me sirve de nada.

Clara ¿No le quieres?

Ter. ¡Con toda mi alma! Por él daría mi vida si mi vida bastase. Pero hay algo que está por encima de la vida y por encima del amor.

Clara Por encima del amor no hay nunca nada.

Ter. ¡El honor del nombre!

Clara ¡El honor!

Ter. Yo no tengo derecho á deshonrar á mi marido.

Clara ¡Pero qué extraña moral es la tuya! ¿A qué llamas tú deshonra? ¿A que el mundo no lo sepa? (*Teresa calla.*) Es decir, que á ti no te importa engañar á tu marido, lo que te horroriza es el escándalo.

Ter. ¡Clara!

Clara Es decir, que por miedo al escándalo, con tal de que el nombre de tu marido, ese nombre que todas las noches manchabas con tus besos, no ruede por la calle, eres capaz de sacrificar hasta lo más sagrado, la vida del hombre á quien dices que quieres.

Ter. A quien quiero.

Clara ¡Mentira! ¡no le quieres! (*Con energía.*) Si le quisieras saltarías por todo. Si le quisieras no te importaría ¡nada! ni tu marido, ni su nombre, ni su reputación, ni tu honra, nada. Todo eso no vale nada cuando se ama de veras.

Ter. ¡Claro! ¡Como que á ti nada te importa! ¡Como te tiene el mundo sin cuidado!

Clara No, es que soy más leal, mucho más leal que tú. Antes de rendirme al hombre á quien amaba, dudé mucho, vacilé mucho, me defendí muchísimo ¡quizá más que tú! Pero cuando me entregué, me entregué sin reservas, toda y por entero. Desde el primer momento supe á lo que me exponía, todo

lo que me jugaba, y cuando llegó el momento de jugármelo me lo jugué todo ¡todo! No me importó nada de nada. Me tuvo sin cuidado que el mundo lo supiese y que mi marido se enterase. No sé si se ha enterado. De que el mundo lo sabe estoy segura. Me lo han dicho las miradas, las frases maliciosas, el desvío de ciertas gentes que se dicen honradas. No me importa. El que quiera aceptarme tal como soy que me acepte. A los demás no los necesito. Yo con mi amor tengo bastante.

Ter. ¡Y cómo te ves! ¡Cómo se ve tu pobre marido!

Clara Como se verá el tuyo.

Ter. No; ¡nunca! ¡jamás! Yo á mi marido no le dejaré nunca en ridículo.

Clara Pero en cambio consentirás que vaya á presidio un inocente. (Teresa baja la cabeza sin contestar.) No, Teresa, no es posible. Es necesario salvar á ese hombre.

Ter. No veo cómo.

Clara Busquemos, pensemos...

Ter. Lo he pensado todo.

Clara ¿Y no encuentras un medio?

Ter. No le hay.

Clara ¿Ninguno?

Ter. ¡Ninguno!

ESCENA VI

DICHAS; DOÑA ANGELA por derecha

Ter. (Levantándose del sofá y saliendo al encuentro de doña Angela.) ¡Doña Angela!

Clara (Lo mismo.) ¡Señora!

Ter. ¿Pero qué ha hecho usted?

Clara ¿Cómo se ha atrevido?

Ter. ¡Jesús!... ¡Jesús!...

Ang. (Rechazando el apoyo que la ofrecen.) Gracias... estoy muy bien... me encuentro muy fuerte.

Clara Venga usted, doña Angela; siéntese usted aquí. (Queriendo conducirla á la «chaise longue».)

Ang. No... dejadme... Os digo que me encuentro muy bien... Nunca me he sentido más fuerte ni con más energías.

Clara — ¡Ya lo creo!

Ter. — Pero de todos modos es una imprudencia.

Ang. — Teresita, yo quiero ver á mi hijo.

Ter. — ¡Otra vez!

Ang. — Sí... quiero verle, necesito verle.

Ter. — Le verá usted.

Ang. — ¿Cuándo?

Ter. — Mañana.

Ang. — No, ahora.

Ter. — Ahora no puede ser.

Ang. — ¿Por que?

Ter. — Está usted muy débil.

Ang. — No lo creas.,. estoy muy bien. Además no iré sola. Tu me acompañarás.

Ter. — ¿Yo?

Ang. — Sí, iremos juntas... le hablaremos las dos. Y como para mí no tiene secretos, como no es posible que para mí tenga secretos, nos lo dirá todo, nos contará todo lo que ha pasado. Yo necesíto salir de dudas. Yo necesito saber la verdad.

Ter. — Sí, pero es que...

Ang. — Anda, vamos, Teresita.

Ter. — No. Ahora no puede ser.

Ang. — Pero, ¿por qué?

Ter. — Tenga usted en cuenta que Joaquín estará incomunicado.

Ang. — ¿Incomunicado?

Ter. — Naturalmente.

Ang. — Para mí, no.

Ter. — Para todo el mundo.

Ang. — No, para mí, no... Yo lo pediré por favor á quien sea y no me lo negarán. ¿Verdad, Clara, que no me lo negarán?

Clara — No, señora.

Ang. — ¿Lo ves?

Ter. — Espere usted á mañana. Está usted muy débil, muy nerviosa... una emoción podría perjudicarla.

Ang. — ¡Si lo que me perjudica es la duda! ¡Si es la duda la que me está matando!... Yo estoy segura de que Joaquín no ha hecho eso... Joaquín es inocente... ¿No es verdad que vosotras lo creeis también? (Apoyándose en los brazos de Clara y Teresa.)

Clara — Sí, señora.

Ang. ¿Y tú, Teresita?
Ter. No sé, doña Angela.
Clara ¡Teresa!
Ter. Sí, sí... yo lo creo también.
Ang. Entonces vamos á verle. ¿Por qué me retardais la satisfacción de que él me lo confirme? Porque él me lo confirmará, ya vereis... Dicen que no quiere hablar, que no quiere decir nada... á mí me lo dirá... ¡Cómo va él á tener secretos para mí!... ¡Pobre hijo mío!... (A Clara.) ¡Qué razón tenía usted esta mañana cuando me aconsejaba que no le dejase ir con ese hombre! ¡Parecía que se lo decía á usted el corazón!
Clara Sí, doña Angela; me lo decía el corazón.
Ang. Por supuesto que él no ha sido. ¡Si no es posible que haya sido!... ¡Si es muy bueno! Usted le conoce poco, le ha tratado muy poco, pero que le diga á usted Teresita. ¿Verdad, Teresita?
Ter. Sí, es muy bueno.
Clara Demasiado bueno.
Ang. No tiene malicia ninguna. Es todo corazón.
Clara ¡Demasiado corazón!
Ang. De todos modos, yo necesito salir de dudas. Yo necesito saber la verdad por amarga, por dura, por doloroso que sea. Yo necesito saber lo que ha pasado, cuál es la verdadera situación de mi hijo; si es inocente, para proclamar ante el mundo entero su inocencia, sobre todo, por encima de todo. Si es culpable, para llorar con él, para morirme de desesperación y de pena.
Clara Doña Angela, no llore usted. Su hijo es inocente.
Ang. (Con ansiedad.) ¿Verdad que sí?
Clara (Con valentía.) Sí, es inocente. ¡Yo se lo juro á usted!
Ang. (Cogiéndole las manos.) ¿Usted lo sabe?
Ter. ¡Clara!
Clara No sé nada... Pero me lo dice el corazón.
Ang. (Con desaliento.) ¡Ah!
Clara Ya sabe usted que á mí el corazón no me engaña nunca.
Ang. Creía que... (Se va hacia la «chaise longue», se sienta y se cubre la cara con las manos.)

Clara (A Teresa en voz baja pero con gran energía.) ¡Infame! ¡Infame! (Corriendo hacia el sofá y sentándose al lado de doña Angela.) Doña Angela... por Dios, vamos, doña Angela... no se ponga usted así... Yo le aseguro que su hijo es inocente... sí, es inocente... yo se lo juro á usted.

Ang. (Levantando la cabeza.) ¿Verdad que sí?

Clara Sí, señora.

Ang. ¿Y lo descubriremos, lo averiguaremos?

Clara Sí, señora.

Ang. ¿Y lo diremos ante el mundo entero?

Clara Sí, señora.

Ang. ¿Cómo?

Clara No sé... pero lo sabremos. No le quepa á usted duda.

Ang. Es usted muy buena, Clarita, muy buena.

Clara ¡Y eso que me creía usted tan mala!

Ang. Ahora te creo muy buena... Déjame que te bese... (La coge la cabeza entre las manos y la besa en la frente.) Eres muy buena. (Pausa larga. Levantándose bruscamente y avanzando hasta el centro de la escena.) Pero yo necesito ver á mi hijo... Vamos, Teresa, vamos. (Estrechándole las manos.) Yo te lo ruego, te lo suplico... por lo que más quieras en el mundo. Por tu marido, por mí, por mi hijo...

ESCENA VII

DICHAS; AUGUSTO, foro

Aug. (Sorprendido al ver á doña Angela.) ¡Cómo! ¿Levantada?

Ang. (Corriendo al encuentro de Augusto.) ¡Cuánto me alegro de que venga usted!

Aug. ¿Por qué, señora?

Ang. Para que me ayude á convencer á Teresita.

Aug. ¿A Teresa? ¿para qué?

Ang. Para que me deje ir á ver á mi hijo.

Aug. Pero si Teresa, seguramente; no se opone á eso.

Ang. Sí, si no me deja.

Aug. ¡Bah! ¡Cómo se ha de oponer Teresa á seme-

jante cosa! Eso es que usted la ha entendido mal ó que ella no se ha expresado bien. Lo que indudablemente Teresa ha querido decir es que usted no se encuentre tal vez lo bastante fuerte... acaso tema y con razón...

Ter. Naturalmente.

Aug. ¿Ve usted?

Ang. Pero si la he dicho que me encuentro muy bien.

Aug. De todos modos..

Ang. Augusto, yo necesito ver á mi hijo; yo necesito saber por él mismo qué es lo que ha pasado. Yo tengo derecho á saber la verdad.

Aug. ¡Quién lo duda!

Ang. Entonces...

Aug. ¿De veras se encuentra usted con ánimos?

Ang. (Con energía.) ¡Para ir al fin del mundo!

Aug. ¿De veras?

Ang. Se trata de mi hijo.

Aug. Pues bien, sí, vaya usted. Teresa, acompáñala.

Ter. ¿Yo?

Ang. No, no; prefiero que me acompañe usted, Augusto.

Aug. ¡Señora!

Ang. ¡Tampoco usted! (Con amarga sorpresa.)

Aug. Señora... yo estoy siempre incondicionalmente á sus órdenes. Yo voy con usted á donde usted quiera. Pero le voy á hablar con franqueza. Usted sabe que yo no miento nunca. Esta mañana he tenido con Joaquín una escena desagradable, un poco violenta... demasiado violenta... Sería para mí muy doloroso que volviera á repetirse delante de usted.

Ang. Una escena violenta .. con mi hijo...

Aug. Señora, yo soy un hombre sincero... no sé fingir...

Ang. ¡Ah! Usted cree que Joaquín... (Augusto baja la cabeza y se encoge de hombros con gesto doloroso.) ¡Pobre hijo mío!

Aug. Teresa la acompañará á usted.

Ang. Teresa no quiere.

Aug. ¿Cómo? Teresa, ¿por qué no quieres acompañar á doña Angela?

Ter. Estoy muy mala, muy nerviosa...

Aug. Haces un esfuerzo. Doña Angela quiere ver á su hijo, y no puede, no debe ir sola.

Ter. ¡Te advierto que estoy muy mala!

Ang. No la fuerce usted, Augusto. Estas cosas se hacen de buen grado ó no se hacen.

Ter. ¡Doña Angela!

Ang. Iré sola.

Clara Yo la acompañaré á usted.

Ang. ¿Usted?

Ter. ¡Clara! (Mirándola fijamente.)

Clara (La mira, se encoge desdeñosamente de hombros y se acerca luego á doña Angela.) Vamos, doña Angela.

Ter. (Vivamente.) No, no, yo también voy.

Ang. (Secamente.) Gracias, me acompaña Clarita... (A Clara.) ¿Vamos?

Clara Vamos, doña Angela. (La ofrece el brazo y avanzan juntas hacia izquierda.)

Ang. (A Clara, cerca de la puerta.) ¡Qué buena eres, Clarita; qué buena eres! (Salen.)

ESCENA VIII

TERESA y AUGUSTO. Empieza á anochecer

Aug. ¿Te parece bien lo que has hecho? (Teresa calla.) ¿Por qué no has querido acompañar á doña Angela?

Ter. ¿Y tú?

Aug. ¿Yo? Bien claro lo he dicho. Porque después de la escena que Joaquín y yo hemos tenido esta mañana, era muy doloroso que volviéramos á vernos delante de su madre.

Ter. ¿Qué escena ha sido esa?

Aug. Una escena muy violenta y muy dura.

Ter. Es decir, que has ido á amargarle más su situación.

Aug. He ido á decirle lo que le debía decir.

Ter. ¿Qué le has dicho?

Aug. Conociéndome á mí y conociéndole á él, puedes suponerlo.

Ter. Sí.

Aug. Por eso no he querido acompañar á doña Angela. Pero, ¿y tú? ¿Por qué no has ido tú?

Ter. Mira, Augusto, yo estoy muy nerviosa... á

mí estas cosas me impresionan mucho, no lo puedo remediar.

Aug. No es razón.

Ter. Imagínate la escena que tendrán madre é hijo... ¡Figúrate! Gritos, llantos... Yo no puedo ver estas cosas. Me costaría una enfermedad. (Se sienta en una de las butacas frente á la mesa.)

Aug. (Sigue de pie.) Sin embargo, hay que sobreponerse... hacer un esfuerzo. Precisamente para estas ocasiones son los amigos verdaderos. No es en la dicha donde se conocen, es en la adversidad y en el dolor. Tú has debido hacer un esfuerzo y acompañar á doña Angela.

Ter. Sí, tienes razón; he debido ir.

Aug. Pero no has ido.

Ter. Ya ves cómo luego dije que sí.

Aug. Lo dijiste cuando ya no era tiempo. Doña Angela se ha ido disgustada y con razón. ¿Con qué cara vamos á recibirla cuando vuelva? ¡Si vuelve!... Ah, si no vuelve tienes que ir á su casa.

Ter. (Abatida.) Iré, Augusto.

Aug. Irás y le darás todo género de satisfacciones; sólo así podrás enmendar lo que has hecho esta tarde.

Ter. Iré, Augusto, iré. (Se reclina en el brazo de la butaca.)

Aug. (Pasea, con la cabeza baja, pensativo. Deteniéndose de pronto ante ella y con tono cariñoso.) ¿De veras estás mala?

Ter. No... un poco nerviosa nada más.

Aug. (La mira fijamente; luego se inclina sobre ella y le coge una muñeca.) A ver.. Tienes fiebre.

Ter. No.

Aug. Sí. (Poniéndole la mano en la frente y cogiéndole luego otra vez la muñeca.) ¿Qué tienes? (Se sienta á su lado.)

Ter. (Sonriendo.) Nada.

Aug. (Acercándose á ella, estrechándole las manos y con mucha ternura.) ¡No te me pongas mala!

Ter. Si no es nada, Augusto... ya te digo... un poco nerviosa... la impresión.

Aug. Te afectas demasiado.

Ter. ¡Qué quieres! ¡No lo puedo evitar!

Aug. Pues es necesario que te domines, que ten-

gas energía. Todo esto es muy triste, muy doloroso, pero ni tú ni yo lo podemos remediar. Ea, se acabó; no quiero verte así.

Ter. Pero si...

Aug. Vas á conseguir ponerte enferma.

Ter. Ten en cuenta que la impresión de esta mañana ha sido muy brusca... me ha cogido de sorpresa .. quién iba á suponer.

Aug. Sí, tienes razón; todo eso es verdad. Pero pasada esa impresión debes sobreponerte y pensar fríamente que con afectarte de ese modo no resuelves nada. Míranos á los demás. A su misma madre. Diríase que hasta ella está más tranquila que tú.

Ter. ¡Si la hubieras visto llorar!

Aug. Habrá llorado todo lo que quieras. Pero mírala ahora. Se ha ido á ver á su hijo. Lo que tú no has tenido valor de hacer. Y no creo que tengas la pretensión de querer á Joaquín más que su madre. (Como si de pronto le hubiera asaltado una sospecha, se queda mirando fijamente á Teresa.) ¡Teresa!

Ter. ¡Qué!

Aug. Nada. (Se levanta y se pone á pasear otra vez. Pausa larga)

Ter. ¿No te acuestas?

Aug. (Secamente.) No.

Ter. Vas á estar rendido esta noche. (Augusto se encoge de hombros sin contestar, y sigue paseando. Levantándose y acercándose á él.) No seas terco... acuéstate... te sentará bien.

Aug. ¡Déjame! (Rechazándola.)

Ter. (Acercándose otra vez á él.) Siquiera un par de horas. (Augusto no contesta.) ¿Ves cómo tú también estás preocupado?

Aug. (Deteniéndose y mirándola.) Más de lo que tú supones.

Ter. ¿Ves?

Aug. Teresa, esta mañana tenía yo la convicción completa, absoluta, de que Joaquín era culpable.

Ter. ¿Y ahora?

Aug. Ahora... no lo sé.

Ter. Pues no te preocupes. Desgraciadamente para él no hay duda alguna.

Aug. ¿Lo crees tú así?

Ter. Y tú también.

Aug. No.

Ter. ¿Por qué?

Aug. No sé... por muchas cosas. Palabras sueltas, que cuando las oí por vez primera me parecieron locas y descabelladas, pero que luego, poco á poco, á medida que las he ido analizando y depurando y midiendo se me antojan cada vez más razonables, más claras y más lógicas.

Ter. Bien, déjalo; no te preocupes. Como decías muy bien hace poco, esto es muy triste, muy doloroso, pero ni tú ni yo lo hemos de remediar. No hablemos más de ello.

Aug. Al contrario, hablemos.

Ter. ¿Pero qué vamos á hablar?

Aug. Ven, Teresa, siéntate aquí y razonemos juntos. (Llevándola á la «chaise-longue», obligándola á sentarse en ella y sentándose él á su lado. Sigue anocheciendo.) Tú sabes que la primera disputa entre Joaquín y Grunter surgió porqne Joaquín quería marcharse.

Ter. Eso me has dicho.

Aug. Así fué. Y... ¿á dónde quería marcharse Joaquín?

Ter. ¡Qué sé yo!

Aug. Pensemos. ¿A dónde podía ir Joaquín á esas horas?

Ter. No sé... á su casa.

Aug. Bien, á su casa; sigamos. Joaquín dice que consiguió separarse de Grunter.

Ter. (Vivamente.) Pero no se separó.

Aug. Supongamos que se separó. Se separó de Grunter, ¿y adónde fué? (Teresa se encoge de hombros.) ¿A su casa?—No.—No estuvo en su casa. ¿A la fábrica?—Tampoco —¿A dónde fué? ¿A dónde crees tú, Teresa, que puede ir un hombre en este pueblo á las dos de la madrugada?

Ter. ¡Qué sé yo!

Aug. ¿No se te ocurre?

Ter. No.

Aug. Piensa.

Ter. No sé.

Aug. ¿No se te ocurre que pudo ir á ver á una mujer?

Ter. ¡Augusto!...

Aug. ¿Qué tiene de particular que un muchacho de veinticinco años quiera á una mujer?

Ter. No, nada.

Aug. Entonces...

Ter. Sí, es posible.

Aug. Eso está de acuerdo con lo que su madre nos decía esta mañana.

Ter. Sí, puede ser.

Aug. Fué á ver á una mujer, y esta mujer, es una mujer casada. Porque si no fuera casada, no tendría miedo de comprometerla. Quedamos, pues, en que es una mujer casada. Ahora bien; ¿qué mujer es esta? Tú, que como es natural, conoces mejor que yo á las mujeres de este pueblo, ¿dí, no sospechas quién pueda ser?

Ter. No.

Aug. Piensa bien.

Ter. No sé.

Aug. Te voy á dar un dato. Si esta mujer recibía de noche á Joaquín en su casa, es porque estaba segura de que su marido no había de sorprenderla... su marido estaba fuera... trabajando quizá... quizá en la fábrica.

Ter. ¿Qué pretendes? (Incorporándose.)

Aug. Cálmate y no te alteres. Estamos en el terreno de las suposiciones.

Ter. Pero ¿por qué ha de ser una mujer del pueblo? ¿Tú mismo creías esta mañana?...

Aug. Esta mañana creía yo muchas cosas en las cuales no creo ya. ¡Creía hasta en ti!

Ter. ¡Augusto! (Levantándose.)

Aug. (Levantándose también.) ¡Creía hasta en ti!

Ter. ¿Con que era de mí? ¿Era de mí de quien dudabas? ¡Jesús!... ¡Jesús!... (Tapándose la cara con las manos y retrocediendo.)

Aug. (Desconcertado, avanzando hacia ella.) ¡Teresa!

Ter. ¡Quita! (Rechazándole.)

Aug. Hay un medio para que me convenza de lo contrario. (Poniéndose el sombrero que dejó sobre una silla y retrocediendo hacia foro. Teresa le mira.) Vamos á ver á Joaquín. (Teresa se estremece.) Yo soy un hombre leal. Nada me importa cuando se trata de saber la verdad. Delante de mí, y frente á frente, no sabrás finjir. Vamos.

Ter. No.
Aug. ¿Ves?
Ter. No, eso es una humillación y una bajeza.
Aug. No hay bajeza cuando se trata de saber la verdad.
Ter. No voy.
Aug. (Avanzando hacia ella.) No vas porque tienes miedo, porque sabes que te venderías viéndole cara á cara y frente á frente. . Por eso no has ido con su madre, porque has tenido miedo de que él se vendiese y de venderte tú.
Ter. ¡Estás loco!... ¡Estás loco!...
Aug. No lo estoy. Lo estuve esta mañana, lo estuve esta tarde cuando dudaba todavía, pero ya no lo estoy. . ya veo claro... Esa mujer que recibía á su amante cuando su marido estaba trabajando, ¡eras tú! (Cogiéndola de los brazos.)
Ter. ¡Oh!
Aug. ¡Por eso estás mala, por eso estás nerviosa, por eso te arden las sienes y te abrasan las manos! (Estrujándoselas.)
Ter. ¡Me haces daño!
Aug. Más daño me has hecho tú.
Ter. ¡Te juro!...
Aug. (Soltándola.) No mientas. Sobre todo no mientas. La verdad ante todo. ¡Siempre la verdad aunque nos perjudique, aunque nos deshonre, aunque nos envilezca! ¡Siempre la verdad!
Ter. ¡Pues bien, la verdad! ¡Eso es mentira!
Aug. ¡Teresa!
Ter. Sí, es mentira. ¡Yo no te he engañado nunca, Augusto, nunca! (Cayendo de rodillas ante él, llorando.) ¡No dudes tú de mí!... ¡Yo te juro que todo eso que te han dicho es mentira!...
Aug. ¡Pero si no me lo ha dicho nadie! ¡Si eres tú la que me lo estás diciendo con tus nerviosismos, y tus palabras y tus engaños y tus mentiras!
Ter. ¡No, Augusto, no!
Aug. ¡Sí!
Ter. ¡No!
Aug. ¡Pero no comprendes que es inútil... que la verdad se sabe siempre... que es muy posi-

ble que á estas horas, lo que tú no quieres confesar se lo haya dicho él á su madre!

Ter. (Vivamente.) ¡No!

Aug. (Precipitándose sobre ella.) ¿Lo ves?

Ter. No puede decir nada porque no hay nada.

Aug. ¡Teresa!

Ter. No hay nada. Yo no te he engañado nunca. ¡Te lo juro, Augusto mío, te lo juro, te lo juro! (Abrazándose á las piernas de Augusto, llorando.) ¡Augusto, no dudes de mí! ¡Créeme, Augusto, créeme! (Reteniéndole.) ¿No me crees? (Augusto, sin contestar, se desliga de ella y se deja caer en una butaca. Teresa cae de bruces sobre la alfombra llorando con desesperación.) ¡Dios mío, no me cree! (Pausa larga. Es de noche. Augusto sentado en la butaca está pensativo, con la frente en la mano. Ella tirada en el suelo llora desconsoladamente, desesperadamente. Augusto se incorpora de pronto; enciende nervioso la lámpara eléctrica que hay sobre la mesa del despacho; coge brutalmente á Teresa por las muñecas y la arrastra hacia él.)

Aug. ¡Ven acá; mírame! (Cogiéndole la cabeza entre las manos, colocándola debajo de la luz y obligándola á que le mire.) ¡Así, cara á cara... mírame bien... Si mirándome así, ahora que estás llorando, me dices que es mentira, te creo. (Ella trata de desviar la cabeza.) ¡No vuelvas la cabeza!... ¡Mírame así... así!.. Dí... ¿es mentira?.. No cierres los ojos... ¡Mírame! Dí... ¿es mentira?.. (Con grandísima energía.) ¿Es mentira?

Ter. ¡Es verdad! (Augusto la rechaza brutalmente. Ella cae de bruces. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un gabinete. Puerta al foro y laterales. Una mesa de té

ESCENA PRIMERA

MARÍA; después AUGUSTO

Al levantarse el telón María está ocupada en tender una servilleta en la mesa sobre la cual hay una bandeja con un azucarero, un mantequero y un tazón. Suena un timbre. María sale por el foro y poco después entra Augusto con el sombrero puesto y un abrigo en el brazo que tira con gesto de mal humor sobre una butaca; se sienta en otra en actitud pensativa

María (Que entró de nuevo inmediatamente detrás de Augusto.) Se ha retrasado hoy el señor. (Augusto no contesta.) Está la mañana muy agradable, ¿verdad?

Aug. (Secamente sin mirarla.) Sí.

María Un poco fresca.

(Augusto no contesta; María le mira un momento con expresión de lástima y sin decir una palabra recoge el sombrero y el gabán; vase por puerta derecha; vuelve á salir; acaba de poner la mesa; se marcha otra vez por foro llevándose la bandeja y entra de nuevo con una lechera que deja sobre la mesa.)

María Señor... (Más alto al ver que Augusto no le contesta.) ¡Señor!...

Aug. (Estremeciéndose y volviendo la cabeza.) ¿Qué?

María (Señalando la mesa.) El desayuno.

Aug. Bien. (Sigue sin moverse.)

María Lo he traído aquí porque como supongo que el señor se acostará en seguida...

Aug. (Levantándose.) ¿Se ha levantado la señorita?

María Creo que no. Hace un momento entré en su cuarto y estaba acostada todavía. La pobre señorita está muy mala... ¡Ha pasado una noche!...

Aug. Dígala usted que cuando se levante venga aquí.

María (Humildemente. Está bien, señor. (Vase puerta derecha. Augusto da varios paseos por la habitación. En uno de ellos se acerca á la mesa, llena el tazón de té y leche, echa azúcar, mueve con la cucharilla y de pie, se lo acerca á los labios, pero al primer sorbo lo vuelve á dejar sobre la mesa y sigue paseando.)

María (Entrando de nuevo.) La señorita se está vistiendo y viene en seguida.

Aug. Bueno. (Sigue paseando. María se acerca á la mesa con intención de recoger el servicio.)

María (Muy sorprendida al ver el tazón lleno.) Señor, que se va á enfriar el desayuno.

Aug. Lléveselo usted.

María ¡Cómo! ¿No va el señor á desayunarse? (Acercándose muy cariñosa á Augusto.) Vamos, un poquito... aunque no sea más que bebido..

Aug. (Muy secamente.) ¿Quiere usted dejarme en paz? (Da media vuelta y sigue paseando. Luego al encontrarse otra vez con María que se quedó como aturdida.) ¿Qué hace usted ahí?

María (Azorada.) No... nada.. nada... (Augusto se encoge de hombros. Ella saca un pañuelo del bolsillo del delantal, se seca los ojos y sin decir nada recoge el servicio y se dirige hacia el foro, siempre secándose los ojos.)

Aug. (Sorprendido al verla llorar.) ¿Qué le pasa á usted?

María No... nada... es que... que no creo haber dado motivo.. (Medio mutis. Augusto la mira.)

Aug. María... (Ella no contesta.) ¡María!...

María (Volviéndose.) Señor...

Aug. (Avanzando hacia ella.) Hija mía, tiene usted razón... es verdad... He estado injusto con usted, es cierto.

María (Confusa.) Señor...

Aug. Ha sido un impulso, un arrebato que no he podido dominar... tiene usted razón... perdóneme usted.

Maria (Muy confusa.) ¡Señor, por Dios! (Vase.)

ESCENA II

AUGUSTO y TERESA; luego MARÍA. Augusto vuelve á sentarse en la butaca y permanece en actitud pensativa. Teresa entra puerta izquierda. Silencio largo. La mujer, sobrecogida, bajos los ojos, no se atreve á alzarlos para mirar á su marido. Este, abstraído en sus meditaciones, no la oye entrar

Aug. (Lenta y maquinalmente vuelve la cabeza.) ¡Ah! (Viendo á su mujer.)

Ter. (Avanzando suplicante y trémula.) ¡Augusto!

Aug. (Secamente.) Ha pasado la noche. Supongo que habrás tomado tu determinación.

Ter. Haz de mí lo que quieras. Yo te juro que hubiera dado mi vida por evitarte este sufrimiento.

Aug. (Sin tener en cuenta sus palabras.) Supongo que habrás tomado tu determinación .. Por mucho que intentemos dominarnos, los hombres somos hombres. Ayer hubiera sido yo capaz de todas las brutalidades, de todos los impulsos... No .. no somos fieras, sino personas. No nos debemos al instinto, sino á la razón. Tal vez he sido culpable al dilatar durante algunas horas el esclarecimiento de la verdad. ¡Algunas horas!... ¡Dichoso el que padece algunas horas nada más!

Ter. ¡Verdad, verdad!... ¡Tú no mereces!...

Aug. ¿Qué has decidido?... (Se levanta y pasea.)

Ter. ¿Decidir? ¡He sufrido! ¡He llorado! ¡He admirado la grandeza de tu alma! ¡He sentido toda la abyección, toda la infamia de mi culpa! ¡Dios mío! Dios mío y pensar que nosotros...

Aug. No se trata ahora de nosotros: se trata de él.

Ter. ¡Y de ti, Augusto, de ti!

Aug. (Sordamente.) ¡No!... ¡De él!... No tiembles. No llores. Llorando y temblando no se arregla nada... (Pausa.) Vamos, habla. ¿Qué has deci-

dido? (Ella sigue callada.) ¡Señor! ¡Señor! ¿Es posible que yo haya creído en esta mujer?

Ter. (Acercándose.) Despréciame, injúriame; estás en tu derecho. Siempre fuiste conmigo generoso y leal. Ayer pudiste haberme golpeado, haberme herido, haber dispuesto de mi vida... Puedes aún; no he de defenderla. Por extraño, por absurdo, por incomprensible que te parezca, yo no he dejado jamás de sentir por ti en el fondo del alma, cariño, respeto, piedad, gratitud... Cuando ayer...

Aug. Ya no es ayer; es hoy. ¿Quién piensa en ayer? Nuestro hogar no existe, nuestro afecto no existe... Dijérase que no habían existido nunca... Todo cuanto nos ligaba ha desaparecido. Tu vida y mi vida están separadas definitivamente.

Ter. (Suplicando) ¡Augusto!

Aug. (Sin oirla.) Después del primer arrebato yo mismo lo reconocí pronto. Si parece imposible que ni por un momento hayamos creído que yo era tuyo, que tú eras mía, que esto era una familia, que esto era un hogar. Nos distancia algo más que el desamor. Nos alejan las diferencias más hondas, más opuestas, más radicales... Somos dos seres de distinta raza, ¡de distinto planeta! Tu historia es el engaño; mi historia es la lealtad. No eres mi ofensor, eres mi enemigo. ¡Yo te amé tanto, tanto!, mentira, no te amaba, soñaba amarte. Tú no naciste para las sinceridades del amor. Por amor se mata, por amor se perdona. Yo ni te mato, ni te perdono. Ya ves que no te amo. Esta es la verdad; la dura verdad... (Imponiendola silencio.) no, no te esfuerces en disculparte; comprendo que tampoco sintieras amor por mí. Pero ¿acaso lo sientes por él? Le ves acusado, deshonrado... El calla, él se sacrifica, él te quiere.. ¡Sí! ¿Por qué negarlo? El no tuvo piedad de mí; entró en mi dicha como un ladrón entraría en mi casa; pagó mis mercedes con ultrajes, ofendió al bueno, traicionó al amigo. . ¡Con qué placer le ahogaría entre mis manos!... Pero lo cierto es cierto... El se sacrifica por ti: él

te quiere; para ti por lo menos es un hombre de corazón... (Pausa.) Y tú, liviana, egoísta, glacial, le aceptas ese regalo de su tranquilidad, de su honra, de su vida, como le aceptarías un ramo de flores. Oyes que le acusan y callas. Sabes que se pierde y callas. Ves que su madre muere de dolor, de amor y de vergüenza y sigues callando... ¿Sufren? ¡Que sufran! ¿Mueren? ¡Que mueran! ¡Todo antes que exponerte á una humillación! ¡Pero qué clase de mujer eres tú! No encuentras denigrante pasar de mano en mano y crees que te rebaja el único momento de tu vida en el que habrás dicho la verdad. Ayer tuve piedad de ti porque la tuve de mí también; ayer era yo débil y disculpé que tú lo fueras. Por eso dejé pasar la noche. He meditado mucho... ¡mucho! También tú has tenido tiempo de meditar... Yo sé que esta noche no has dormido, que lo has pensado todo, que lo has visto todo... Dí, ¿qué te propones? ¡Dilo!... Hoy no es ayer. No esperes compasión.

Ter. (Dolorosamente.) ¿Por qué me juzgas peor de lo que soy? No es mi honra la que defiendo; es la tuya.

Aug. ¿La mía? ¿Pero qué tienes que ver tú con ella? ¿Crees que mi honra depende de ti? ¿qué tu liviandad puede mancharla? ¿tu hipocresía imponerla?... ¿Qué tengo yo que ver contigo? Para ser honrado y tenido por tal, bastan mis actos nobles, mi proceder sin tacha. No es á mí á quien has deshonrado, sino á ti solo. Yo soy quien era. ¿Qué tienes tú que ver con mi honra? ¡Mi honra es mía!

Ter. No, Augusto, no, eso no... tú no mereces deshonrarte por mí...

Aug. ¿Pero que ceguedad es la tuya? ¡Si no soy yo, si eres tú...!

Ter. Pues castígame á mí.

Aug. ¡Pero si no lo haces por mí, sino por ti misma! Hoy le sacrificas á él como antes me sacrificaste á mí. Porque no tienes ni la disculpa de haber cedido á una pasión siquiera. Porque para ti no hay en el mundo otra

cosa respetable que tus egoísmos, tu comodidad, tu tranquilidad. Yo creí que no cabía mayor desprecio que el que ayer sentí al saber tu falta... Fué un error. Hoy me pareces más despreciable todavía, más indigna, más... (Tratando de serenarse.) ¡Señor, Señor, dame calma! (Pausa.) ¿Pero alguna razón tendrás para proceder como procedes?

Ter. Ya lo he dicho.

Aug. (Sin atenderla.) Si no le querías, ¿por qué fuiste suya? Si le quieres, ¿por qué callas ahora? El es bueno contigo; yo lo fuí también. ¿Por qué me abandonaste y por qué le abandonas? (Viendo que llora.) ¡Débil razón es esa de llorar!

Ter. (Después de una pausa y serenándose.) Augusto, voy á decirte toda la verdad; toda, por dolorosa, por repugnante que te parezca. También á mí me lo parece ahora. Pero antes no. Cuando él me habló apasionado y loco, cuando el misterio era nuestro cómplice, cuando tu ausencia y su asiduidad me despeñaban hubo en mi corazón sordas batallas, largas batallas. Me revelaba contra mí misma y luché mucho, mucho... ¿Por qué cedí? Ha llegado el momento de ser leal. No fué él, fuiste tú quien me hizo caer. Cuando yo le repetía: «No tendríamos disculpa», no era sincera. Yo creía entonces firmamente que sí, que la teníamos.

Aug. ¡Es asombroso!

Ter. ¡Es asombroso, pero es así! Prefiero parecerte cínica á parecerte hipócrita. Ahora estoy diciendo la verdad, ¡lo juro! Por los hijos que pudimos haber tenido, que yo le pedí á Dios y que Dios injustamente me negó, lo juro. Yo me sentía desgraciada, yo desconfiaba de tu cariño, miraba alrededor de mí y todo era soledad... Mi juventud pedía algo más; mi hermosura merecía algo más... No encontraba en ti entusiasmos, ni anhelos, ni amores.

Aug. ¿No?

Ter. (Rotundamente.) No. No eras para mí un enamorado, sino un protector... Eras un hombre bueno, un justo, hasta un santo. Pero

el amor no es sólo bondad, santidad y justicia... Es algo más... ¡qué se yo!... algo más. (Pausa. Augusto apoya la cabeza en la mano.) Yo era una niña halagada, mimada, consentida... acostumbrada á fiestas, á paseos, á diversiones... Me sacaste de Madrid y me encerraste en este pueblo, en este caserón... Y yo sufrí y me resigné y no te dije nada, porque confiaba en que tu cariño me compensaría... ¡Y no me compensó!... Tú con tus dibujos y con tus planos y con tus máquinas no tenías tiempo para ocuparte de mí. Y yo estaba sola, sola, sola, á todas horas sola... Y un día vinieron y me hablaron al alma. Para resistir esa tentación, para defenderme contra ella, no tenía más defensa que tú. Te busqué y no te hallé.

Aug. (Levantándose.) Ya no se trata de eso.

Ter. Finalmente, para que el abandono fuera absoluto, un día me dijiste:—«Me han nombrado jefe de noche en la fábrica.»—Yo te rogué que no aceptaras. ¡Tú sabes con cuanta insistencia, con cuánta tenacidad te lo supliqué! Y no me escuchaste, no quisiste escucharme. Y tú llegabas cuando yo salía, y estaban encontradas nuestras horas y apenas nos veíamos nunca... Tú siempre afectuoso, siempre deferente, pero siempre frío y siempre lejos. Yo he sido perjura, he sido mala, me he hecho despreciable... Pero dime lealmente, si no te alcanza alguna responsabilidad. Hubieras decretado mi muerte y no hallarías en mí la menor protesta. Me hubieras perdonado y yo hubiera sabido agradecértelo. Pero de tu boca no han salido más palabras que ¡la razón! ¡la verdad! ¡la justicia! Y contra estas secas palabras mi alma se subleva y opone estas otras... ¡Dolor! ¡piedad! ¡amor! Yo merezco alguna lástima también. ¡Yo soy también un sér que ama, y que sufre y que llora!

Aug. ¡Calla, calla! Cada disculpa tuya es un cargo más que se alza contra ti. Yo he sido contigo tierno, solícito, bondadoso... ¿Por quién sino por ti trabajé? ¿A quién sino á ti se encaminaban mis desvelos? ¡Y te entregaste

á ese hombre, no porque le amabas, sino porque yo no te satisfacía! ¡No por cariño á él, por rencor á mí! ¡No fué el amor, fué el vicio, el vicio miserable!

Ter. (Levantándose ofendida.) ¡Augusto!

Aug. (Tranquilo.) ¿A qué volver los ojos al pasado? El pasado ha muerto. Apenas hayas cumplido con tu conciencia, saldrás de esta casa y no volveremos á encontrarnos nunca.

Ter. (Suplicante.) ¡Augusto!

Aug. ¡Nunca!... ¡Nunca! Entre tú y yo ya no hay nada común. Todo lo que nos ligaba se ha roto para siempre. Saldrás de aquí, en seguida, cuanto antes mejor, no quiero verte, no quiero saber nada de ti. Pero antes de marcharte hablarás.

Ter. No.

Aug. La acusación de un crimen pesa sobre un hombre. La prueba de su inocencia depende de tu confesión. Es preciso que hables y hablarás. Dirás la verdad, la verdad.

Ter. No.

Aug. ¡La dirás! ¡Y si no la dices tú, la diré yo!

María Señorita. (Por el foro.)

Aug. ¿Qué? (Volviéndose.)

María La señorita Clara.

Ter. Que no estoy. (Vivamente.)

Aug. (Con imperio.) Que pase.

Ter. Es una mujer cruel. Viene á atormentarme.

Aug. Es una mujer de corazón. Escúchala. (Vase puerta derecha.)

ESCENA III

TERESA y CLARA

Teresa se dirige al espejo, se mira, se enjuga las lágrimas y trata de aparecer serena. Todo muy rápido. Entra Clara resuelta. A mitad de escena se detiene y fija los ojos en Teresa sombría y marmórea

Clara ¡Teresa, Teresa! ¡Es imposible que esto continúe! (Examinando las puertas para ver si alguien puede escucharlas y vuelve.)

Ter. (Tímida, bajando la voz.) ¿Le viste?

Clara ¡Fué una escena superior á mis fuerzas!

¡Pobre doña Angela! ¡Qué desesperación la suya! ¡Qué dolor tan hondo, tan santo!... Te aseguro que me costó trabajo callar y que el remordimiento no me ha dejado cerrar los ojos por haber callado. Me acosté y no dormí. Apenas se ha levantado mi marido, aquí estoy.

Ter. ¿Y él?

Clara ¡El!... Si le vieras, no le reconocerías. No es ni su sombra... Tales padecimientos no se arrastran en vano.

Ter. Lo sé.

Clara ¿Por qué no viniste con nosotras? Por duro que fuera tu corazón te hubieras compadecido de aquella pobre madre que cree siempre en su hijo, que no duda un momento de su inocencia, y que, sin embargo, no le arranca el secreto salvador. Te juro lealmente que yo no soy capaz de resistir otra entrevista. Por mucho que me repugne convertirme en acusadora no tendré más remedio que acusarte si vuelvo á ver á Joaquín con doña Angela. ¡Y doña Angela está decidida á que volvamos hoy!

Ter. ¿Desconfía de mí?

Clara No sé. Tal vez sí... ¡Teresa! ¡Por lo que más quieras en el mundo, si algo hay que quieras tú, ten compasión de doña Angela, ten piedad de Joaquín!

Ter. (Conmovida.) ¡Clara!

Clara (Cada vez con más calor.) Ya que no por cariño por gratitud siquiera, por humanidad... ¿No te admira la hidalguía de ese hombre? ¿No te espanta el sufrimiento de esa pobre mujer?

Ter. No me atormentes más.

Clara No soy yo quien te atormenta. Es la conciencia tu atormentadora.. ¡Hipócrita!

Ter. ¡Hipócrita no! Cumplidora de mi deber.

Clara ¿Y qué deber es ese?

Ter. El de no poner en ridículo al hombre que merece todos mis respetos, más que en último extremo.

Clara ¿Y á qué llamas tú último extremo?

Ter. Yo siento como tú, más que tú, mucho más, el dolor de doña Angela. Yo sé todo lo que

debo á Joaquín. Pero no es culpa mía si no puedo proceder de otro modo. No soy egoísta, sino desgraciada.

Clara ¡Tendrás valor!

Ter Si la vida de Joaquín dependiera de mi confesión, no dudaría. ¡Qué me importa que no me creas! Yo me conozco y lo sé... Me causaría un dolor de muerte, pero diría la verdad. Pero si yo hablase ahora, y si después, por otra circunstancia cualquiera, Joaquín se salvase, ¿la confesión mía no habría sido inútil? ¿No se diría que yo había deshonrado públicamente á mi marido sin necesidad? ¿Me lo perdonaría Augusto? ¿Me lo perdonaría el mismo Joaquín?... Es demasiado grave el caso para proceder de ligero... Joaquín está acusado de un delito que no cometió, es verdad.. Pero una acusación no es una sentencia.

Clara Pero entre tanto...

Ter. Entre tanto que esperen y que sufran como sufro yo.

Clara ¡Teresa, Teresa! Los impulsos del alma no se gobiernan con sutilezas.

Ter. ¡No son sutilezas! No tendrás la pretensión de conocer á Joaquín mejor que yo. Yo sé que á él, con dolerle infinitamente el dolor de su madre, y las sospechas que sobre él recaen, le dolería aun más deshonrar á Augusto en público, después de haberle traicionado en secreto. Yo sé que este mismo silencio que me reprochais él me lo agradece.

Clara No.

Ter. Sí.

Clara No.

Ter. (Como si le acometiera de pronto una sospecha.) ¿Le has hablado?

Clara Le he hablado. No lo dijo su voz. Lo ha dicho su gesto. Tú no sabes amar y él sí. El amor no vive de problemas ni de razonamientos. Si tú hubieras hablado, Joaquín hubiera sentido quizá todo lo que afirmas, pero en el fondo del alma se habría dicho con alegría «me quiere. Habla porque me quiere, como yo callé porque la quería.» Es-

tas son las cosas que agradece el amor. (Teresa llora. Pausa.) Perdona que te hable de este modo; no puedo remediarlo. Es que somos de distinta manera. Yo falté á mis deberes porque estaba loca por un hombre y tratándose de él no acertaría nunca á razonar. Tú te entregaste conservando el juicio y á sabiendas del daño que hacías. No le querías lo bastante para que tu falta tuviera disculpa... ¡Pobre Teresa! Es terrible tu caso. Sacrificaste á tu marido por tu amante y ahora quieres sacrificar á tu amante por tu marido... Y en esta difícil situación, ¿á quién volverás los ojos? Joaquín sabe ya quién eres... Augusto cuando lo sepa...

Ter. No lo ignora ya.

Clara (Con grandísimo asombro.) ¿Lo sabe?

Ter. Sí.

Clara ¿Quién se lo ha dicho?

Ter. Yo.

Clara ¿Tú?

Ter. Sí.

Clara (Pausa.) ¿Y...?

Ter. ¡Me ha echado de casa!

Clara ¡Oh!

Ter. (Llorando) ¡Me ha arrojado á la calle!

Clara (Acercándose á ella conmovida.) ¡Pobre Teresa!

Ter. Sí... Pero antes quiere que hable (Transición,) y no hablaré. Aunque se empeñe él, aunque te empeñes tú, aunque se empeñe el mundo entero. No hablaré, me mataré, me tiraré por un balcón, pero no hablaré. Será este orgullo una insensatez, será un crimen, pero es más fuerte que yo misma. ¡Soy así y no es posible que sea de otro modo! ¡No! Yo no quiero que por mi culpa Augusto se avergüence ni tenga jamás que bajar los ojos ante nadie. ¿Que sufre Joaquín? ¡Que sufra! ¿Que yo me veo tirada por la calle abandonada y sola, muerta de hambre y de vergüenza?... Bueno... Pero que el nombre de Augusto no padezca. Tú no sabes el respeto que después de mi culpa, aun mas que antes, este nombre me inspira. Clara, yo te lo ruego, te lo suplico, por lo que más quieras en el mundo, habla con Augusto, díselo;

dile que de mí haga lo que quiera, que me eche á la calle, que me desprecie, que me mate, pero que no lo diga.

Clara Pero tú le habrás ya hablado...

Ter. No, no me escucha; no quiere oirme. Además, no puedo... su presencia me quita la serenidad, me desconcierta, me aturde... no sé hablar... Díselo tú... Dile... ¡Dios mío! Yo no sé... Dile que espere... Yo estoy segura, yo tengo la certeza, ya lo veréis, de que todo se ha de descubrir naturalmente... y entonces...

Clara ¡Pobre Teresa!

Ter. (Con ansiedad.) ¡Verdad que sí! ¿verdad que le hablarás?

Clara Chist... calla. (Al oir que se abre la puerta dol foro.)

ESCENA IV

DICHOS, MARIA, HONTORIA, GÁLVEZ y VIDAL

María (Desde la puerta.) ¿No está el señor?

Ter. Está en su cuarto. ¿Quién es?

Valdés (Que aparece.) Somos nosotros. Hemos venido á molestar...

Ter. (A María.) Avise usted al señor. (Mutis María.)

Gálvez (A Teresa.) ¿Ocurre algo?

Ter. No, nada. ¿Por qué?

Gálvez Su marido de usted nos acaba de mandar un recado diciéndonos que viniéramos inmediatamente... Temí que pasara algo.

Ter. No, nada .. digo, no sé.

Valdés (A Clara.) Mira, hija, otra vez que te marches de casa haz el favor siquiera de decir á donde vas. Me he vuelto loco buscándote. Gracias á que se me ocurrió si estarías aquí. Te traigo una sorpresa.

Clara (Sin atender á su marido y dirigiéndose á Gálvez y á Hontoria.) No sé cómo resiste Augusto este método de vida.

Hont. ¡Calle usted! Yo tuve que dejarlo. Trabajé una temporada de noche y me pasaba lo que á él; la mayor parte de los días me acostaba después de almorzar. No hay orden posible.

Valdés (A Teresa.) ¡Dejarla á usted sola toda la noche! (Teresa se pasa la mano por la frente.)

Gálvez ¿Sigue usted mal?

Ter. Sí.

Hont. Hemos sido entonces doblemente indiscretos.

Valdés (A Clara.) ¿No me preguntas cuál es la sorpresa?

Clara (Displicente.) Alguna tontería.

Valdés ¿Ven ustedes qué desagradecida es mi mujer? Bueno. Pues ya sabes que hace días necesito ir á Madrid. Hoy me encuentro con ánimos. Y como tú eres tan aficionada á estas excursiones te llevo, si quieres.

Clara Gracias. Hoy no puedo.

Valdés ¡Mujer! Con que vas casi todos los días y hoy que puedo acompañarte...

Clara No insistas. (Separándose.)

Aug. (Entra por la derecha.) Buenos días, señores. ¡Ah! ¿Usted también? (Reparando en Vidal.) ¿Cómo está usted?

Valdés ¡Asombrado! Mi mujer no quiere venir á Madrid.

Aug. ¿Y eso? (Estrechando las manos de Gálvez y Hontoria.)

Ter. (Rápidamente á Clara en voz baja.) Háblale... ¡Ahora! (Clara avanza hacia Augusto que á su vez se acerca á saludarla.)

Clara (En voz baja.) Augusto, necesito hablar con usted.

Aug. (En el mismo tono.) ¿Conmigo? (Extrañado.)

Clara Es absolutamente necesario.

Aug. Cuando usted ordene.

Clara Ahora.

Aug. ¿Ahora?

Clara Ahora mismo.

Aug. ¿Quieren ustedes hacer el favor de pasar un momento á mi despacho? Soy con ustedes en seguida. (Teresa levanta la cortina de puerta derecha. Salen por ella Galvez y Hontoria.)

Valdés (Acercándose á Clara.) ¿Decididamente no vienes?

Clara Ya te he dicho que no.

Valdés Bueno, (Y sale por derecha y Teresa tras él.) pues me iré yo solo. Señores, buenos días. (Vase.)

ESCENA V

CLARA y AUGUSTO

Clara cierra las puertas y luego se acerca á Augusto, que hace un gesto de impaciencia y de extrañeza

Clara Supondrá usted de qué voy á hablarle.

Aug. No.

Clara (Con timidez.) Es natural que le produzca extrañeza mi intromisión. Realmente no soy yo quién para mezclarme en sus asuntos íntimos.

Aug. ¡Ah! Creí que se trataba de usted.

Clara No. De ustedes.

Aug. ¿De quiénes?

Clara De usted... y de Teresa. (Augusto hace un gesto de desagrado.) Perdone usted, Augusto, que insista, pero estoy segura de que cumplo un deber.

Aug. (Disponiéndose á salir.) Perdóneme, Clara, pero si no tiene usted cosa más importante que decirme...

Clara (Deteniéndole.) Es usted injusto. Yo le suplico que me escuche. (Augusto duda un instante, al fin retrocede y se sienta después de ofrecer otra silla á Clara.)

Aug. Diga usted.

Clara Teresa me ha puesto al corriente de todo.

Aug. (Con recelo.) ¡Ah!

Clara Hubiera sido inútil que no me lo dijera. Yo conocía su secreto.

Aug. Lo sé.

Clara ¿Cómo? (Admirada.)

Aug. Ayer, cuando entró en mí la sospecha, cuando poco á poco se hicieron luz las sombras, cuando ya ví claro... reconstruí los detalles más leves, recordé los gestos más imperceptibles... me expliqué las actitudes más enigmáticas... Entonces comprendí el proceder de usted y el de ella.. Entonces ví por qué usted acompañaba á doña Angela y ella no. Usted mraba á Teresa con repugnancia; ella á usted con miedo... ¡Sí, usted lo sabía!..

Clara Augusto; usted es un hombre de entereza y de reflexión. Usted merece el respeto de todo el mundo.

Aug. Por lo menos siempre hice cuanto pude para merecerlo.

Clara Si fuera usted un exaltado, un impulsivo, no tendríamos esta conversación. Usted hubiera procedido de otro modo... violentamente.

Aug. Procuro ser justo. Sé que la vida de un ser por deleznable que parezca no tenemos derecho á destruirla.

Clara Sobre todo cuando ha sido nuestro culto y nuestro amor.

Aug. ¡Amor!... Esta palabra carece de sentido para mí...

Clara No es usted sincero.

Aug. Lo soy... No es que no me cueste trabajo dominarme... me cuesta... Para mí sería una satisfacción inmensa devolverles á golpes todas sus traiciones y todas sus maldades... Hará usted bien en aconsejarles que se aparten de mi camino... Hoy estoy seguro de mí... creo que siempre lo estaré... Pero; ¡quién sabe!... al fin soy hombre, no soy un santo... Procuro atemperar mis actos á lo recto, á lo justo, pero...

Clara Usted la quiere. No puede dejar de quererla porque se lo proponga.

Aug. Se equivoca usted; no la quiero.

Clara Ella fué, sin que yo trate de aminorar su falta, más desgraciada que culpable.

Aug. Ahora es usted, Clara, la que no es sincera. Usted no piensa así.

Clara Augusto, usted es un hombre grande, usted está por encima de la vulgaridad; sabe que somos juguetes de la vida...

Aug. Esa mujer es indigna.

Clara Yo soy tan indigna como ella... más todavía quizá.

Aug. No, Clara, no se compare con ella... Usted es una mujer de corazón... Usted no hubiera traicionado á un hombre como yo.

Clara ¡Es verdad!

Aug. Y de haberlo hecho habría sido por una pasión ciega y loca, por un arrebato de

amor, de santo amor. Y puesta en ese camino, usted no hubiera sido capaz de abandonar á un hombre; hubiera tenido el valor de salvarle; la lealtad de confesar su falta sin remordimientos ni vacilaciones.

Clara — Es verdad.

Aug. — A una mujer como usted yo la habría perdonado; á ella, no.

Clara — Pero usted que tiene esa fuerza de voluntad admirable, esa virtud de discurrir serenamente aun en trance tan grave, usted no puede desconocer que si ella abandona á ese muchacho es precisamente por respeto á usted á quien quiere salvar.

Aug. — Eso será él quien se lo tome en cuenta. Nada tengo ya que ver con ella; que él la recoja, si quiere, de donde la arrojó.

Clara — Ella no volverá á verle jamás.

Aug. — Es posible.

Clara — Yo se lo garantizo (Augusto se encoge de hombros.) Piénselo, Augusto. Nadie lo sabe fuera de mí. Un perdón generoso puede darles á ustedes todavía si no el absoluto olvido del pasado, la relativa paz del porvenir.

Aug. — (Con resolución) ¡Jamás!

Clara — ¡Piense usted en el escándalo! Su nombre manchado, escarnecido, deshonrado...

Aug. — ¿Deshonrado? ¡No! Los deshonrados son ellos; el amigo traidor; la mujer perdida. Deshonrado es el que transige; deshonrado es el que consiente. Yo no... Si no la mato es porque no me creo con derecho para disponer de la vida de nadie... Si á él le salvo es porque mi conciencia me lo manda. ¿Quién osará censurar este proceder?

Clara — Delira usted, Augusto. Contra la lógica de usted está la falta de lógica del mundo. El deshonor del marido caerá sobre la mujer y el deshonor de la mujer caerá sobre el marido. Y á donde quiera que el marido vaya su afrenta irá con él. Es la sombra que sigue nuestros pasos.

Aug. — Pero es que, aun aceptando del honor esas ideas personales de usted...

Clara — Mías, no; del mundo.

Aug. — Bien, del mundo. ¿Es que el deshonor, su-

poniendo que hubiera deshonor, no existe ya?... ¿Es que puedo yo evitarlo con mi silencio?... ¿Es que ante mi conciencia no estoy ya lo que usted llama deshonrado?... ¿De qué se trata, pues? ¿De que el mundo lo sepa ó no lo sepa?... ¿Y usted me juzga tan pequeño, tan miserable, tan villano, que por un egoísmo ruin, voy á consentir que la vida, que la fama de un hombre?... ¡No! usted no puede creer eso de mí.

Clara ¿Pero y su honor, Augusto?

Aug. ¡Qué vale el honor ante la justicia! El honor no existe. El honor es un convencionalismo. Cada edad, cada pueblo, cada religión tuvieron el suyo. La justicia es inmutable, fundamental y eterna.

Clara Sí, sí; podrá usted tener razón... pero espere siquiera á mañana...

Aug. No... Es preciso decir la verdad...

Clara Bien, sí; pero mañana.

Aug. ¡No! Ahora mismo... (Se acercan á puerta derecha y llama á voces.) ¡Hontoria! ¡Gálvez!...

ESCENA VI

DICHOS, HONTORIA y GÁLVEZ. Por la izquierda, pegada á la pared, casi sin pasar del umbral de la puerta, desconcertada, asustada, TERESA

Gálvez ¿Qué tiene usted? ¿Qué pasa?

Aug. (Muy emocionado.) Hontoria... Gálvez... ¿ustedes confían en mí?

Gálvez ¡Augusto, por Dios!

Aug. (Sigue emocionado.) ¿Ustedes creen que yo soy un hombre de honor?

(Gálvez y Hontoria se acercan á él y le estrechan la mano con efusión. Clara se deja caer en una silla.)

Aug. Gracias... ¿ustedes saben, verdad, que yo soy un hombre de honor?...

Gálvez Como ningún otro.

Aug. Pues bien; yo aseguro á ustedes que Joaquín es inocente de la muerte de Grunter. (Asombro en los dos hombres.) Joaquín pasó la noche en mi casa.

Ter. (Con ira.) ¡No es verdad!

Aug. (Mirándola con gesto dominador.) Juro por mi honor que ese hombre es el amante de esa mujer.

Ter. ¡Mentira!... ¡Eso es mentira!... No le crean ustedes.

Aug. (Con gran solemnidad.) ¡Juro por mi honor que ese hombre es el amante de mi mujer! (Pausa.—A Hontoria y Gálvez.) Ustedes son también hombres de conciencia... Vayan ustedes á decirlo... Cumplan ustedes su deber...

(Hontoria y Gálvez vanse por el foro silenciosamente.)

ESCENA VII

AUGUSTO, TERESA y CLARA

Pausa. Augusto se ha quedado pensativo mirando al suelo. Al levantar los ojos ve á su mujer

Aug. (Violento, señalando la puerta.) ¡¡Vete!!

(Teresa, trémula de emoción, apoyada en la pared, no puede dar un paso. Clara hace un movimiento para levantarse, pero se encuentra con la mirada terrible de Augusto y desiste.)

Aug. (A Teresa, con reconcentrado furor.) ¡¡Vete!!

(Teresa sale lentamente, lívida, sin lágrimas, sin saber dónde va. Al llegar al umbral de la puerta, Clara rompe á llorar. Augusto se sienta, apoya el codo en la mesa y el rostro en la mano y medita.—Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Ricardo J. Catarineu

Flechazos, versos. Con prólogo de Melchor de Palau.(Agotada
Tres noches, poema en verso. (Agotada.)
Giraldillas, versos. Con prólogo de Clarín.
Los forzados, versos. Con una portada de Vicente Cutanda.
Estrofas, versos. Con prólogo de Manuel Bueno.
Almas errantes, novela. (De *El Cuento Semanal.)*
Los fiambres, juguete cómico en un acto y en prosa. Lara, Madrid. (En colaboración con Pedro Sabau.)
La romería, zarzuela en un acto y en verso. Campoamor, Oviedo. (*)
Venalidad, drama en un acto y en prosa. Princesa, Madrid.
Por los hijos, monólogo en verso. Apolo, Madrid.
El deber, comedia en dos actos y en prosa. Comedia, Madrid. (En colaboración con Pedro Mata.)
La otra, comedia en un acto y en prosa. Lara, Madrid. (En colaboración con Pedro Mata.)
La mentira del amor, comedia en tres actos y un epílogo. Español, Madrid. (En colaboración con Manuel Bueno.)
La sombra, comedia en tres actos y en prosa. Coliseo Imperial, Madrid. (En colaboración con Pedro Mata.)

TRADUCCIONES Y ARREGLOS

Versos de Maupassant, traducción en verso. (Del libro *Los domingos de un burgués en París,* editado por el Sr. Ruiz Contreras.)
El equipaje del rey José, zarzuela en un acto, en prosa y verso, inspirada en Galdós. Apolo, Madrid. (*)

(De Coppèe):

La huelga de los herreros, monólogo en verso. Comedia, Madrid.
El banco, monólogo en verso. Princesa, Madrid.
El caminante, idilio en un acto y en verso. Comedia, Madrid.

(De Sudermann):

El rincón de la dicha, comedia en tres actos y en prosa. Princesa, Madrid. (*)

(De Bernstein):

La ráfaga, drama en tres actos y en prosa. Comedia, Madrid. (*)

El ladrón, comedia en tres actos y en prosa. Español, Madrid. (*)

(De Sardou):

La pista, comedia en dos actos y en prosa. Comedia, Madrid. (*)

(De Heyjelmans):

El «Buenaventura», drama de mar en cuatro actos y en prosa. Principal, San Sebastián. (*)

(De Nani):

Tempestad en la sombra, drama trágico en un acto y en prosa. Novedades, Barcelona. Lírico, Madrid. (*)

(De Capus):

Mi sastre, entremés en prosa. Odeón, Buenos Aires. Lara. Madrid.

(De E. Manuel):

Los obreros, drama en un acto y en verso. Español, Madrid. (*

(De Delpit):

El hijo de Coralia, comedia en cuatro actos y en prosa. Princesa, Madrid. (*)

(De Sem Benelli):

La cena de las burlas, poema dramático en cuatro actos y en prosa. Princesa, Madrid.

(*) En colaboración.

Obras de Pedro Mata

TEATRO

El deber, comedia en dos actos. (Teatro de la Comedia.) En colaboración.

La otra, comedia en un acto. (Teatro Lara.) En colaboración.

La sombra, comedia en tres actos. (Coliseo Imperial.) En colaboración.

NOVELA

Ganarás el pan... (Primer premio en el Concurso de la Biblioteca de Novelistas del siglo xx.) Tres pesetas.

Ni amor, ni arte. Cuento semanal.

Cuesta abajo. Idem íd.

La celada de Alonso Quijano. Idem íd.

56

Ricardo J. Catarineu

VENALIDAD

DRAMA EN UN ACTO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1902

VENALIDAD

Ricardo J. Catarineu

VENALIDAD

DRAMA EN UN ACTO



MADRID
R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1902

Este drama fué estrenado en el teatro de la Princesa el 26 de Mayo de 1902. María Tubau tuvo la bondad, que el autor sinceramente agradece, de emplear su gran talento en cosa tan insignificante.

A Cristóbal de Castro

Este drama ha de ser el primer acto de una obra de usted y mía. Lo mirará usted, pues, como cosa propia. Por esto me honro en dedicárselo.

Suyo, que le abraza,

Ricardo J. Catarineu

MERCEDES	Sra.	Tubau.
CARLOS	Sr.	Amato.
UN CRIADO		Infiesta.



ACTO ÚNICO



Decoración: Despacho modesto

ESCENA I

CARLOS, paseándose

¡Ea! Con un día tan hermoso, con un sol tan claro, con un aire tan puro, tome usted el camino de la oficina y enciérrese allí hasta las siete. ¡Precisamente hasta la hora en que se acaba el sol! .. Y luego espere usted á que el ministro se sienta en vena de despachar, y á que el subsecretario *esté en voz*, como él dice... Estar en voz es tener buen humor y no haberse peleado con su mujer. Yo se lo digo: «Don Manuel, no debe usted decir *estoy en voz*, sino *no estoy en casa*». (Acercándose á la mesa y señalando á un legajo.) He aquí la verdadera *tía Javiera* del despacho. El mayor hueso de todos los expedientes, que me ha tocado roer á mí... ¡Este ministro!... ¿Que me guarda consideraciones? ¿Que me distingue? ¿Que soy su ojito derecho? ¿Que no resuelve nada contra mi opinión? ¡No faltaría más!... Le sirvo de espantapájaros, de abanico, de quitasol... ¿Que hay un señor jaqueca?... ¡Pues á Serantes con él! ¿Llega

una señora vieja, pesada, insufrible?... «¡Que se vea con Serantes!» Y allá caen sobre el pobre Serantes compañías enteras de pretendientes de poco pelo, de esos que traen la tarjeta ó el besalamano. Y Serantes es el escudo donde se embotan las urgencias y los apremios. Y mientras yo *disfruto* de los llantos y de las desesperaciones, el señor ministro sostiene envidiables entrevistas con mujeres bonitas y perfumadas. Ya lo dice el secretario particular: «Serantes, el ministro conferencia con una señora joven. Allá le va á usted una vieja. Por algo él es ministro y usted jefe de sección. Usted está á las duras y él á las maduras». Desgraciadamente, esto no es cierto. El que está á las maduras soy yo. Se equivoca el secretario particular. (Va á la ventana.) ¡Cómo están las calles! ¡Cuánta luz, cuánta alegría! ¡Y pensar que he de salir y he de dejarlo todo para encerrarme como un hurón! El sol me calentará durante algunos minutos. Oiré voces alegres y risas de mujeres jóvenes. Y después horas y horas sin más calor que el de la cabeza, aturdida por cuentos; sin más palabras que las de algún pretendiente quejoso; sin más risas que la del subsecretario... *si está en voz.*

ESCENA II

CARLOS y un CRIADO

CRIADO — Una señora desea ver á usted.

CAR. — ¿Le has preguntado cómo se llama?.

CRIADO — Me ha contestado que sólo á usted puede decirlo.

CAR. — (Aparte.) Alguna superviviente de Numancia. ¡Como si lo viera! (Alto.) Que pase.

(El criado sostiene la cortina para que entre Mercedes, y hace mutis.)

ESCENA III

CARLOS. MERCEDES, que entra sofocada, recelosa, avergonzada, angustiadísima

CAR. ¡Mercedes!.. ¿Pero es verdad?... ¿Tú aquí, en mi casa?...

MER. Yo, sí; ya lo ves.

CAR. Estás agitadísima, temblorosa... ¿Has llorado?... ¿Qué ocurre? Habla... dí... ¿Una desgracia?... ¿Tu marido?..

MER. Sí; mi marido... ¡Horrible... horrible!..

CAR. Serénate; ten calma... ¡Vamos, mujer! Siéntate...

MER. Gracias .. (Se sienta.) Es natural que mi visita te sorprenda...

CAR. ¡Hace tanto tiempo que no te veo, que no te oigo, que no sé de tí!... Después de nuestra última conversación, confieso que no esperaba encontrarte otra vez...

MER. ¿No me guardas rencor?

CAR. ¿Rencor yo?...

MER. Júralo.

CAR. ¡Lo juro!... Pero, habla... dí... ¿Qué tienes?... ¿Necesitas algo de mí?... ¿Un favor?... ¿Un consejo?... ¿Defensa?... ¿Ayuda?... No tengas reparo .. dilo. Mi gran placer será servirte. ¿Se trata de tu marido, dices?... Hace dos ó tres días le ví en el despacho del ministro.

MER. Has adivinado .. Ese expediente...

CAR. ¡Ah! Ya... ¿Es *eso* lo que motiva tu visita?

MER. ¡Tu firma! ¡Necesito tu firma! Nuestra fortuna está en tus manos. ¡Todo, todo! El bienestar ó la ruina de Eduardo depende de tí... ¡De tí, Carlos! ¿Lo en tiendes?...

CAR. Por Dios, Mercedes, no exageres. Fracasan unos asuntos y prosperan otros. La fortuna de un banquero tan fuerte no puede estar pendiente de este negocio nada más...

MER. Sí, sí, nada más. Los asuntos de mi marido no van como la gente cree. Está arruinado, completamente arruinado. Si antes de ocho

días no se aprueba el proyecto, no habrá manera de salvar el crédito. El propio Eduardo me lo ha confesado. Sus últimas operaciones las supeditó á esta única esperanza. En el mismo instante de obtener la concesión, una sociedad le compra el derecho Contaba con tu antecesor y la crisis ha llegado á trastornarlo todo y á hacer que seas tú quien decida... ¡Tu firma! ¡Necesito tu firma!

CAR. ¿Eduardo sabe que has venido á verme?

MER. Sí... ¡Es monstruoso! ¡Es él quien me envía!

CAR. ¡Y con qué pretensión!

MER. Ayer me expuso la situación sin rodeos... «Todo está en manos de Serantes. Tanto ir y venir de casa al Ministerio es para mí un Calvario. Recomendaciones, insinuaciones, ofrecimientos, cuanto me propuse fué inútil. ¡No puedo más! Todos me responden lo mismo:—Es cosa de Serantes.—El ministro está dominado por este hombre y no se cansa de repetir que se limitará á poner el conforme á lo que Serantes opine. Yo apenas le trato.. ¡Y lo peor es que le sobrará razón para echar por tierra el asunto!»

CAR. Menos mal, que lo reconoce.

MER. Luego continuó diciéndome; «Serantes y tú sois amigos de la niñez. Su familia y la tuya estaban muy unidas .. Después de casarnos, le viste varias veces en casa de Peñalba, donde me presentaste á él... ¡Es un hombre tan raro! Acaso en recuerdo de una amistad antigua sea capaz de otorgar lo que no pudo conseguirse de él con argumentos, recomendaciones y promesas indirectas. ¿Por qué no le hablas ó le escribes diciéndole la verdad y confiándonos á su buen corazón?»

CAR. Bien, ¿pero tú?

MER. Yo nada podía, ni debía ocultarle. Le contesté con toda lealtad, con el alma en la mano. «Es verdad, Carlos y yo nos conocíamos de niños. Entre nuestras familias reinaba estrecha amistad. ¡Hasta hablaban en broma de casarnos!... Después Carlos empe-

zó su carrera y viajó por el extranjero. Tú llegaste y se hizo nuestra boda. Cuando luego le encontré en casa de Peñalba, le hallé siempre muy reservado, con una reserva que me ofendía. Un día hablamos... No le dejé seguir... Te lo juro; no he vuelto á verle. ¡Y ya ves que no puedo volver á verle!

CAR. ¿Y él?

MER. ¿El? ¡Salvedades y distingos! ¡Ni un arrebato! ¡Ni una protesta! ¡Qué pequeño me pareció! Temblaba como un azogado. Temblaba y callaba. ¡Aquel silencio cobarde era el asentimiento! (Llora.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Él se acerca como para decirle alguna palabra de consuelo. Ella le mira, con los ojos llenos de lágrimas.) Cuando un marido calla de aquella manera, por mala que fuera la mujer...

CAR. Sí, tendría disculpa.

MER. No sé lo que sentí. Calor, frío, angustia; miedo, mucho miedo; ira, mucha ira. (Levantándose.) Me levanté anhelante... «¿Quieres que le hable, no es esto? ¿Querrías hasta que fuera á verle, siendo necesario? Pues bien; me pides que vaya y voy. ¡Voy, pero no vuelvo!»

CAR. Otra suerte merecías tú.

MER. Y aquí estoy, ya lo ves, ya sabes por qué, á buscar tu firma... ¡Tu firma! ¡Necesito tu firma! ¿A qué precio? Depende de tu caballerosidad. (Carlos pasea agitado, se sienta, mira al expediente. Pausa.)

CAR. ¡Sarcasmo cruel de la casualidad! ¡Tu marido y yo frente á frente! Yo me atreví á manchar los oídos de su mujer con una insinuación de cariño; él se arriesga á profanar los míos con una invitación á la venalidad. ¡Honra por honra! ¿Atenté á la suya? ¡Atenta á la mía!... ¡Maldita la vida! ¡Con qué polvo tan sucio, de qué materia tan venenosa hizo Dios á los hombres!

MER. Contigo ó sin tí; contigo, si lo exiges, porque soy el precio; sin tí, si eres generoso, porque soy honrada; contigo ó sin tí, Carlos, no he de volver á mi marido si salvas su

fortuna. Piénsalo bien; ¡firma ese expediente por lástima siquiera! ¡Tu firma será mi libertad!

CAR. Cariños como el mío no se imponen por fuerza, sino por amor. Es verdad, lo juro, te quise de niño, te adoro de hombre, te adoraré siempre... Callé mientras supe, mientras pude. Llegó un día en que el corazón se desbordó en las palabras. El que mira á una mujer como te miro, cuando no tiene el derecho de preguntar:—¿Me quieres?—siente algún consuelo al atreverse á decir:—¡Te quiero!...—El amor que calla, habla por dentro y mata y consume. El que se proclama y se confiesa y se publica, alivia el alma de un gran peso. ¡Amor desinteresado, incapaz de viviro culto! ¡Como la luz del sol, que fecunda á la tierra sin la esperanza de que la tierra le devuelva las caricias! No, no aspiro á que me correspondas. ¡Con quererte me basta!... Siempre te consagré esta devoción.. Casarte con otro fué robarte á mí. Tu marido lleva pocos años de vivir contigo en la realidad. Yo, de vivir contigo en sueños, llevo la vida entera. Mi atrevimiento tiene disculpa. El suyo no. El me ataca á traición, como el ladrón al caminante. «¡La honra ó la felicidad! ¡La bolsa ó la vida!» ¡Y el arma con que me amenaza es la mujer que adoro! El me hizo daño; me quitó la mitad de mi ser... Yo ¿qué le hice? ¿Por qué me pone á prueba? ¿Por qué me asalta? ¿Por qué trata de deshonrarme y envilecerme? No se conforma con denigrarse á tus ojos; necesita rebajarme también. No le bastó arrebatarme tu propiedad; pretende despojarme de tu consideración. ¡No! ¡Esto no es justo, esto no es lícito y no ha de conseguirlo! ¡No esperes que le salve!

MER. Oye, Carlos. La última vez que hablamos, la única vez que te atreviste á referirte á tus sentimientos, fuí honrada, pero no sincera... Mi marido tenía mi respeto, mi afecto; no mi corazón... ¿Le quería? ¿No le que-

ría? Era una chiquilla. ¿Qué sabía yo entonces?... «Este hombre es bueno, me dijeron mis padres. Tendrás con él cariño, respeto, bienestar, cuanto mereces; joyas, vestidos, trenes, casas, cuanto apetezcas. Eres una muñeca; él te mimará como á una niña. Te quiere de veras, es juicioso, es formal, es respetado en todas partes... Tú sabes que nosotros ya no tenemos nada, nada... Para tí supone un porvenir brillante; para nosotros, hija mía, una vejez tranquila, viéndote bien colocada...» Y accedí. ¡Parecía mentira que por mí, por una chicuela sin fundamento, pudiera realizarse cambio tan grande, tan extraordinario en uaa familia!...—¡Todo por esta figurita de *bibelot*!—me dije. Y me miré al espejo. ¡Me sentí orgullosa de mí misma!... ¡Pobres padres míos! Por grande que haya sido el sacrificio ¡ellos lo merecieron! ¡Eran tan buenos! ¡Me querían tanto!... Fuí acostumbrándome á vivir con él; le miraba con respeto afectuosc; me parecía el mejor, el más honrado, el más generoso de los hombres. Mi capricho era su voluntad. Y á veces mis caprichos morían inéditos, de hartazgo de verme en todo tan complacida.

CAR. Eras feliz... Yo entretanto estaba solo, siempre solo, siempre recordándote con tristeza.

MER. No, no era dichosa. Cumplía un deber, una misión santa. Tenía la conciencia tranquila, pero el corazón alterado. A veces me fijaba involuntariamente en que mi pelo rubio ss obscurecía y los cabellos de Eduardo iban encaneciendo; en que era demasiado pasiva al quererle; en que reinaba en nuestra casa cierta frialdad solemne; y entonces me avergonzaba de mi flaqueza, pensando en que hubiera dado todas las felicidades presentes por algunos ensueños pasados, porque mi marido se volviera joven como yo, ilógico como yo, alocado como yo, de mi edad... de nuestra edad, Carlos...

CAR. Sigue, Mercédes, sigue.

MER. Aquellos pensamientos criminales huían, y mi marido me parecía joven, fuerte, apasionado, animoso... La primera vez que te vi en casa de Peñalba... no te lo oculto... me fuiste antipático... Niña, me gustaba acercarme á tí; mujer, hubiera querido no verte nunca .. En tus ojos leía tristezas que me agraviaban. «¿Con qué derecho piensa Carlos en mí? me decía. ¿Es que no sabe lo que vale mi marido, lo que me quiere, lo que merece que yo le quiera?...» No; yo no le sería infiel ni de pensamiento. Si por decoro de mí misma no me hubiera guardado, habría bastado para guardarme el miedo á verle triste, injustamente agraviado, vencido, lloroso... ¡Ayer! ¡Ayer fué tremenda la decepción! Para aquel hombre era una muñeca fácil de alhajar, no una mujer encerrada en un santuario... Hubo un instante en que me hizo llorar haberle profesado tan religioso culto, y pensé en que no tenía hijos de él, y... ¡Dios me perdone! ¡me alegré de no haberlos tenido!

CAR. Mercedes, por Dios, no digas cosas que no sientes

MER. Mi marido me sacó de la miseria y me llevó al lujo; murió el sacramento de amor; sólo sobrevivió el contrato de matrimonio... Sí, es cierto, merezco mi desgracia. No me casé, me vendí. Si á ese hombre que acepté por rico, le abandonara por pobre, sería tan infame como él y su insulto parecería justificado. Su fortuna está en tus manos. Si por mí le salvas, sus rentas las deberá á mi recomendación. Pobre él, con él seguiré. Rico él, viviré contigo, si lo exiges; sola, si me dejas... ¡Qué delicia tan grande sentirme libre, volver á su casa por última vez y decirle:—¡Por mí eres rico aún! ¡Lo que me diste, te lo devuelvo! ¡No te debo nada!...— ¡Tu firma, Carlos, necesito tu firma!

CAR. ¡Qué lucha! ¡Qué lucha! (Pausa.) Mercedes, oye. Cuando te casaste, cuando supe que eras de otro, que te había perdido para

siempre, me pareció que se ponía el sol de mi vida. ¡Me encontré sólo, pobre, sin amor! Todo me era hostil; las gentes, tu olvido, mi pobreza... Dejé que el corazón se me adormeciera y que despertaran en mí otras fuerzas... Quise tener posición, desahogo, vida, y como luché tanto y me hirieron tan cruelmente y hube de andar caminos fatigosos y tropecé con los que me empujaban, al hacer un alto en mi jornada, pensé en los luchadores como yo, en esos jóvenes como yo, pobres, tal vez sin amor como yo mismo, y ya tuve una esperanza, sentí una devoción, recobré una bandera de combate. Somos los hombres nuevos; debemos ser heraldos del ideal, precursores de la justicia; debemos sanear el aire inficionado por gobernantes inmorales y plumas hipócritas... Hace aun pocos años, nos reuníamos y hablábamos de los que mandan, de los que bullen, de los que se han apoderado de la política, de las artes, de los periódicos... Sabíamos de un atropello, de una canallada, de una de esas injusticias tan irritantes como frecuentes, y siempre se nos ocurría lo mismo: ¡Si yo pudiera hablar con el ministro tal, con el diputado cual, y contarle cómo ha sido y la razón que tiene el que se queja, con qué facilidad lo remediaríamos! ¿Pero llegar nosotros á ellos? ¡Todo cerrado! ¡Todo infranqueable! ¡Lo encontrábamos todo desbarajustado, corrompido, anestesiado, inerte! ¡Los mismos que nos impedían triunfar, nos acusaban de no haber triunfado! ¡Y sólo podíamos disparar con fusiles cuando nos apuntaban con cañones!... ¿Soñar con ser jueces, diputados, magnates? ¡Imposible! ¡Los que lo eran, habían ya hecho testamento dejando las plazas á la familia!... ¡Para que no se purificara la atmósfera! ¡Para que no se renovara la sangre! Y nosotros nos reuníamos y veíamos fracasadas nuestras ambiciones, estéril nuestra juventud, y protestábamos y nos revolvíamos contra los que no

dejan más puertas abiertas que la venalidad y la adulación. ...Y ahora, los pocos que logramos romper la valla, ¿vamos á hacer lo mismo que ellos hicieron?... ¡Tu marido no tiene razón y no se la doy! ¡Si sufro porque te pierdo, me siento orgulloso de sufrir! Mi corazón te pertenece, pero ¿mi honra? ¡Los hombres no debemos dar la honra por una mujer!

MER. ¡Cuántas mujeres la dan por los hombres todos los días!... (Resuelta y más serena ya.) Pero, tienes razón; yo que, feliz, te desdeñaba, desgraciada, me presento á ser una sombra en tu vida .. Tú eres honrado; tú eres fuerte. Empiezas una labor noble y grande. No debo ser para tí un estorbo. Volveré con mi marido á compartir su miseria, su vergüenza, su infamia... Perdona mi atrevimiento, y si otra vez nos encontramos, no me guardes rencor por esta visita. De haberte conocido antes tal como eres, no hubiera venido con mi pretensión. No tengo el derecho de decirte que te quiero; pero mereces ser querido... Perdona... Olvídame... Y adiós... ¡adiós para siempre!...

CAR. (Agitadísimo.) ¿Pero no ves cómo me dejas?... ¿No ves lo que te quiero?...

MER. Tu misión es vencerte, y la mía es llorar... (Dándole la mano.) ¡Adiós, Carlos!

CAR. Bien dices. O mi dignidad ó tú. Las dos cosas juntas serían demasiada felicidad. (Soltándole la mano muy emocionado.) ¡Adiós, Mercedes! (Mercedes se dirige á la puerta con lentitud. Él hace una inclinación de cabeza y se sienta, pálido como un muerto. De súbito, al verla partir, no puede reprimirse, apoya la cabeza en las manos, los codos en la mesa y rompe á llorar. Mercedes, antes de salir, se detiene en la puerta, y, profundamente conmovida, vuelve y dice:)

MER. ¿Lloras?... ¡No hagas nada por él!... ¡Me quedo!...

CAR. (Cogiéndole las manos con entusiasmo.) ¡Mercedes! ¡Mercedes mía!... (Soltándola.) Yo sabré corresponder á tu sacrificio. (Se dirige á la mesa y

escribe una carta atropelladamente. Ella le mira ansiosa. Carlos llama al timbre, y tras de breve pausa entra el Criado.)

ESCENA IV

CARLOS, MERCEDES y el CRIADO

CAR. (Al Criado.) Este pliego al ministro.
CRIADO Está bien. (Mutis.)

ESCENA V

CARLOS y MERCEDES

MER. (Refiriéndose al pliego y con miedo.) ¿Tu firma?
CAR. (Sombrío.) No. Es mi dimisión. Yo no lo haré; pero otro vendrá y lo hará. Después de todo, no es menos culpable que el que hace el que deja hacer... Me quedo con la honra de tu marido y le doy la mía. Estamos en paz. (Abrazándola y acariciándola.)
MER. (Mirándole amorosamente.) ¡Carlos! ¡Carlos!
CAR. (Sereno.) Y ahora nosotros... ¡seamos felices!
MER. O, por lo menos, ¡querámonos mucho! Porque amó mucho Magdalena, Dios la perdonó.

TELÓN

Obras de Ricardo J. Catarineu

POESÍA

Versos.
Tres noches, poema.
Flechazos, poesías, con prólogo de Melchor de Palau.
Giraldillas, ídem, con prólogo de Clarín.
Los forzados, ídem, con una portada dibujada por Vicente Cutanda.

TEATRO

Los fiambres, juguete cómico en un acto y en prosa. Teatro Lara, Madrid. (En colaboración).
La romería, zarzuela en un acto y en verso. (En colaboración). Teatro Campoamor, Oviedo.
La huelga de los herreros, traducción, en verso, del célebre poema de Coppèe, *La grève des forgerons.* Teatro de la Comedia, Madrid.
Venalidad, drama en un acto y en prosa. Teatro de la Princesa, Madrid.

EN PREPARACIÓN

Romeo y Julieta, traducción, en verso. (En colaboración).
Diccionario teatral, por *Caramanchel.*
Inmoralidad, drama en tres actos. (En colaboración).


3 0112 117464856